TAM-TAM

BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

EL TEMPLO DE LOS SIETE IDOLOS



EL TEMPLO DE LOS SIETE IDOLOS

Curtis Garland

Colección
TAM-TAM n.° 88
Publicación quincenal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 — Barcelona

ISBN 84 02 09278 0
Depósito legal: B 28.368 1984
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición en España: agosto. 1984
1ª edición en América: febrero. 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1984

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

83 — *La bella Fátima Al Mahia*, Bab Fleming.
84 — *La belleza de la serpiente*, Lou Carrigan.
85 — *La muerte invisible*. Curtis Garland.
86 — *La isla perdida*. Adolf Quibus.
87 — *La selva profunda*. Adolf Quibus.

tam
tam
tam
tam
tam
tam



CAPÍTULO PRIMERO
HOMBRE SIN BANDERA

El helicóptero plateado sobrevoló las azules aguas, limpias y cristalinas hasta el punto de que, incluso desde aquella altura, eran visibles los pequeños tiburones y tintoreras que hendían las profundidades de un lado hacia otro. Aquélla era zona de escualos y nadie buen conocedor del paraje podía sorprenderse demasiado por el movimiento de tan peligrosos peces.

Algo más lejos, algunos *sampanes* típicos desplegaban sus cuadrangulares velas rojas en la tarde, y un remoto yate, blanco y esbelto como un albatros, surcaba el golfo de Bengala en dirección a las costas birmanas. Todo respiraba paz en tan idílico y bello paisaje, pero Percy Cole no se fiaba nunca de las apariencias. Y hacía muy bien. Esta vez no fue una excepción.

Estaba sobrevolando una embarcación pesquera indonesia, cuando vislumbró el temido peligro sobre su cabeza, descendiendo de las nubes en forma de dos rígidos pajarracos negros.

Eran aviones a reacción, rápidos y de fácil maniobra. No llevaban distintivo nacional alguno que los identificase. Sus fuselajes, sorprendentemente, eran negros, y sólo una especie de zigzagueante raya lateral sobre su cuerpo, trazaba un surco rojo intenso.

—¡Ya están ahí esos buitres! —masculló furioso, aferrando los mandos del helicóptero color plata—. Debí imaginarlo… Kwan no cede tan fácilmente ante nada ni nadie.

Los aparatos abrieron fuego cuando estaban a distancia adecuada de su aparato. Pero para ese momento, Percy Cole había dado un giro completo y casi inverosímil al aparentemente pesado cuerpo dotado de tracción helicoidal, eludiendo las dos ráfagas de ametralladora de los rápidos cazas negros, cuyas líneas carmesí fulguraron heridas por el sol tropical cuando los aparatos desfilaron ante él, en picado, llenando el

límpido cielo azul con las nubecillas blanquecinas de sus disparos perdidos en el vacío.

Percy distaba mucho de ser un sujeto pasivo en cualquier circunstancia activa. Y esta vez no iba a cambiar de actitud frente a los dos aviones agresores. Su zurda se apoyó en su propia ametralladora, mientras sostenía los mandos con su diestra. Escupió balas y fuego, trazando estelas de humo en el cielo. El blanco elegido era uno de los siniestros aparatos de color cuervo.

Este se estremeció al recibir los impactos en su morro y en su depósito de combustible. Brotó una repentina humareda negra y comenzó a perder altura rápidamente. Antes de que entrara en barrena, estalló en mil pedazos, con su piloto a bordo, dejando el espacio lleno de fragmentos incandescentes, que caían con mansedumbre sobre el mar.

—¡Uno menos! —exclamó satisfecho Percy Cole, anotando una raya, a guisa de muestra, en un punto de su cabina, junto a los controles. Había al menos dos docenas de esas rayas. Tranquilo, rectificó de nuevo su ruta, estabilizando el aparato, con la mirada fija en el segundo avión negro.

Este se había remontado nuevamente, tras rizar espectacularmente el rizo como si estuviera en una exhibición aérea, pareciendo que, ante el desastre de su camarada, decidía emprender la retirada. Nada más lejos de su propósito. Atacó de inmediato.

Percy esperaba algo así. Conocía a Kwan Koo, llamado también «El Pirata Moderno de Bengala». Y también a su gente. Fanáticos, locos asesinos y mercenarios sin miedo ni escrúpulos formaban su pequeño ejército.

El piloto superviviente atacó en picado, haciendo vomitar fuego y balas a sus ametralladoras, con los puntos de mira fijos en el cuerpo plateado del helicóptero. Percy Cole hubiera perecido, con su aparato hecho una criba, de no reaccionar justo en el momento adecuado, gracias a su intuición y conocimiento previo de las reacciones de sus enemigos.

Cuando los proyectiles trazadores surcaron el azul en busca del helicóptero, éste se había escabullido ya ágilmente, como un felino del aire, sin ser alcanzado. Maniobró a su vez, girando sobre sí mismo como un enorme mosquito furioso, y de nuevo Percy hizo funcionar la ametralladora, cuando se veía ya casi encima suyo el aparato enemigo.

Pudo vislumbrar fugazmente un rostro aceitunado, de rasgos

orientales, bajo las gafas del piloto enemigo, antes de que la cabina se cubriera de orificios y astillas de vidrio, y luego el fuselaje negro comenzara a humear espectacularmente.

El aparato dio media vuelta con rapidez, emprendiendo una descarada fuga sin plantar ya cara al adversario. Aunque el avión despedía una densa humareda negra, no parecía tocado realmente de muerte, y se alejaba a considerable velocidad, dejando tras de sí una estela de humo negro, lo mismo que un herido dejaría un rastro de sangre en su fuga.

Percy dudó entre seguirle o no. Una ojeada al indicador de combustible de su aparato le disuadió de eso. Tenía que llegar a Port Blair, en la isla de Andamán, y le quedaba lo justo para intentarlo. Aunque el helicóptero poseía flotadores plegables para sostenerse en el mar en el peor de los casos, no le gustaba perder tiempo y esfuerzos en sus viajes. Para él, cada hora, cada minuto, era de oro puro.

—Algún día volveremos a encontrarnos tú y yo, Kwan Koo, viejo zorro —silabeó, enarbolando significativamente un puño hacia el negro aparato que se alejaba, dejando tras de sí el surco de humo—. Y ese día, uno de los dos no lo contará más…

Sonrió deportivamente, pensando con una filosofía simple pero práctica, que había salido ganador de aquella escaramuza, y eso ya era bastante. Con el ceño fruncido, enmendó su ruta, tomando la dirección sur sudeste, hacia Port Blair, sin pérdida de tiempo.

Llevaba a bordo un cargamento bastante valioso, compuesto por medicamentos y productos químicos para las autoridades de la Unión India, y cuanto antes estuvieran en manos de sus destinatarios en la isla de Andamán, tanto mejor para todos. Además, eso era para él dinero contante y sonante, que buena falta le estaba haciendo.

Después tendría tiempo de emborracharse, buscar alguna fulana atractiva en Port Blair y pasarse unas horas de asueto, antes de repostar y emprender viaje a su casa, a su pequeño helipuerto y vivienda en Ceilán, siquiera fuese para pocos días, ya que le esperaba otro cliente allí, con un cargamento muy especial para una región inconcreta, al norte de la India, a juzgar por el radiograma que figuraba en su poder desde que estuviera en Rangoon tres días atrás, firmado por un tal Randar Nagal, de la Sociedad de Importaciones de la India, con oficinas centrales radicadas en Madrás, al sur del continente hindú. Era todo cuanto sabía del nuevo transporte. Eso, y que la paga sería de tres mil dólares americanos al empezar el trabajo, y otros dos mil al entregar la

carga en su punto de destino. Naturalmente, Percy Cole había contesta do a esa entidad importadora de Madrás, aceptando de ante mano la tarea.

A él le importaba poco si debía transportar medicinas, alcohol, tabaco, personas, libros o armas. Lo importante era cobrar por ello y vivir. Sobre todo, vivir lo mejor posible. Amaba la vida. Y el dinero. Lo demás contaba poco para Percy Cole, incluida su lejana patria o su conciencia de hombre. Sabía que con esas cosas nunca se ganaba dinero. Escrúpulos y patriotismo eran cosas reñidas con los negocios. Por eso las dejaba siempre aparte en sus viajes. Y le iba bien.

El helicóptero de centelleante cuerpo de plata ronroneaba en la altura, atravesando guedejas vaporosas de nubes, muy aisladas y tenues en el azul nítido del celaje oriental. Abajo, en la superficie del Golfo, embarcaciones hindúes o birmanas se cruzaban con yates o balandros occidentales. Muy lejano, el perfil gris de un navío de guerra, posiblemente británico, ponía una única nota inquietante en el idílico paraje, recordando a la gente que no todo era paz y sosiego en aquellos mares legendarios. Muy cerca, demasiado cerca, conflictos como los de Camboya o Laos, enfrentamientos feroces como en Pakistán, Afganistán o la guerra irano-iraquí, mantenían siempre encendida la llama de la incertidumbre en aquellas latitudes que en otros tiempos conocieran cruentas batallas coloniales.

Percy meditaba, con el ceño fruncido, mientras la radio de a bordo emitía diversos mensajes por onda pesquera o frecuencia de radioaficionados. Muchos de esos mensajes, emitidos conforme a códigos oscuros, eran tan incoherentes como las palabras de un niño que está aprendiendo a hablar.

Kwan Koo había intentado matarle una vez más. Pensaba en ello. Los aviones negros formaban parte de sus fuerzas paramilitares, estacionadas en una isla inconcreta de la costa birmana. El riquísimo y poderoso traficante internacional podía permitirse el lujo de mantener una escuadrilla de modernos aparatos y un pequeño ejército de mercenarios a su servicio. Las drogas, las armas y otras mercancías, le proporcionaban pingües beneficios en el revuelto mundo actual. Pero Kwan Koo era persona que hacía del odio y del rencor una religión. Jamás perdonaba. Y a él, menos que a nadie.

Sonrió. No temía a Kwan Koo pese a su poderío. Eso lo sabía él, y tal vez ello le enfurecía aún más. Sabía que en el futuro seguiría intentando exterminar al odiado adversario por todos los medios a su alcance, que eran muchos. Y él estaba dispuesto a continuar defendiéndose de aquel

peligroso contrincante.

No tardó en sobrevolar el litoral de la isla de Andamán, para terminar posándose en el pequeño aeropuerto situado a sólo media milla de Port Blair. Allí le esperaban unos funcionarios de la Unión India, adscritos a los Servicios de Sanidad de su país, que se hicieron cargo del cargamento, firmándole unos documentos y entregándole un cheque nominativo. Percy lo guardó, estrechó la mano de aquellos hombres y alquiló un *jeep* para dirigirse a la población.

Poco más tarde, entraba en el hotel Bengala, situado en la calle principal de Port Blair, pedía habitación y se dejaba azotar por el confortable impacto frío de la ducha, que relajó sus nervios y le dejó mucho más descansado. Cambió sus ropas de piloto por las que llevaba en su maletín, y descendió al bar del hotel, amplia zona de la planta baja del edificio, típicamente tropical, destinado a los numerosos bebedores de la ciudad. Había allí una abigarrada clientela, formada por marineros, pescadores, truhanes de todos los lugares del mundo, mujeres en busca de dinero fácil, mercachifles de todo lo imaginable y, posiblemente, muchos evadidos de países donde eran reclamados por graves delitos.

—Hola, Percy —le saludó el orondo holandés propietario del local, el afable y sudoroso Peter Van Dyke—. ¿De vuelta de algún viaje arriesgado?

—No, amigo mío —rió el piloto de buen humor—. Sólo un viaje de rutina. No hubiera tenido historia de no ser por Kwan Koo.

—Ese viejo pirata… —refunfuñó el holandés, ceñudo, secándose el sudor de su rollizo cuello—. Ten cuidado con él, Percy. Juró que te mataría, y no cejará hasta conseguirlo.

—Tal vez le mate antes yo a él —sonrió Cole risueñamente—. No dio la cara, claro está. Envió contra mí a dos de sus esbirros con unos cazas pintados de negro.

—Buitres de la peor especie —sentenció Van Dyke filosóficamente, meneando su rubia cabeza, ahora entrecana. Miró pensativo a su cliente y puso ante él una enorme jarra de cerveza repleta—. Supongo que beberás lo de costumbre…

—Claro, Peter. Escupo algodón, la verdad. Tu cerveza es lo único capaz de quitarme la sed. ¿Todo bien por aquí? —hizo la pregunta antes de echarse al coleto casi la mitad de la gigantesca jarra.

—Regular —suspiró el holandés encogiéndose de hombros—. ¿No preguntas por May?

—No quería preguntar por ella —Percy puso la jarra en el mostrador —, ¿Se fue ya?

—Se fue. Y volvió.

—¿Qué? —los ojos verde oscuros de Percy reflejaron sorpresa—. Me contaron de su marcha en Rangoon, hace dos meses…

—Y nadie te habló de su regreso —sonrió Van Dyke—, No tuvieron tiempo. Ella acaba de volver a Port Blair. Hace sólo cuatro días, Percy…

Cole iba a preguntar algo más, cuando sonó la musiquilla de un piano, al fondo de la sala. Vio al viejo Wolfgang, un germano llegado de Dios sabía dónde, tal vez un antiguo nazi escondido en un rincón del mundo donde nadie sospechara su identidad, sentado al teclado. Tocaba una vieja canción muy querida para él.

Y una voz susurrante, ronca, entre aterciopelada y melosa, entonó las estrofas de la antigua melodía:

—Agair,…
This couldn't happen again,
It happens once in a lifetime,
this is a thrill divine…
Once more.
this never happened befare…[1]

Percy Cole dejó de beber. Volvió la cabeza. Como fascinado, miró a la mujer que cantaba, asomando entre los flecos de cañas de una cortina, al fondo del bar del Hotel Bengala. Un cuerpo escultural, esbelto y sinuoso, de firmes senos, caderas suaves y breve cintura, largas piernas y armoniosas nalgas, se movía entre las mesas, embelesando a los presentes. A través de la bruma que el humo del tabaco producía en el local, era como una aparición hermosa e irreal. Una melena rojiza caía en ondas a ambos lados de un óvalo facial perfecto, en el que la breve nariz, la carnosa boca y los ojos azules eran lo más destacable.

Le miraba. Y él a ella. Una sombra de sonrisa, entre dulce y melancólica, flotaba en los labios de la mujer. Lo más sorprendente, sin embargo, aparecía colgando de sus hombros. No era una piel ni un echarpe. Era un ser vivo. Un ser inquietante, que se movía sobre ella, enroscándose a veces en su cuello terso, sin apretar. Muchos clientes retrocedían aterrados ante aquella criatura viviente que se movía encima de los hombros desnudos de la cantante, sin que ésta se inmutara. Otros, conocedores ya del hecho, no se alteraban, aunque su

recelo hacia el ser enroscado en torno a la garganta de la cantante era evidente.

Tenían motivos para ello. El ser vivo era una serpiente.

Una serpiente cobra, nada menos. El reptil más venenoso y agresivo imaginable.

Emitía sonidos ominosos de vez en cuando. Su cabezota plana, de negros ojos brillantes y la bífida lengua asomando entre sus fauces, causaban auténtico pavor. Su cuerpo lustroso, de viscoso tono azul verdoso, con moteado negruzco, se movía sinuoso al compás de la canción y los movimientos de su portadora.

—Todavía conserva a «Vicky» consigo —comentó Percy en voz alta.

—Nunca se separa de ella —asintió Van Dyke—. Tal vez porque fue un regalo tuyo…

Percy no comentó nada. Esperó a que ella llegase ante él, cantando suave, ronroneante como un felino. Algunos de los presentes lanzaron un grito de sobresalto cuando la cobra, al ver al joven piloto, se desenroscó vivamente de su dueña y saltó encima de Percy, enroscándose a su brazo y subiendo de ese modo hacia su hombro y su rostro.

—«Vicky», vieja amiga —rió Cole, acariciando el cuerpo del reptil afectuosamente—. Veo que no has olvidado a tu antiguo dueño…

Cuando acarició la cabeza de la cobra, el animal se agitó como gozoso, sacudiendo su cola y dejándose colgar del brazo de Percy. La cantante sonrió, mientras dirigía sus estrofas al recién llegado:

—*Again… This couldn't happen again…* —y había un velo de tristeza en sus azules pupilas al recitar aquella letra sentimental.

—Hola, May —saludó Percy suavemente, guiñándole un ojo. Luego miró de cerca al rostro del reptil y añadió—: ¿Qué tal, «Vicky»? ¿Te tratan bien? ¿O echas de menos los vuelos en el «Birdie»?

La serpiente parecía entenderle. Tenía la cabeza muy erguida y le miraba fijamente, como si fuera a atacarle. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Era el encuentro de dos viejos camaradas realmente insólitos.

Terminó la canción. Aplaudió el público fervorosamente. Percy señaló una mesa a la cantante. Tomó su jarra y se sentó tras hacerlo ella. Se miraron. Se sonrieron.

—Sigues igual que siempre, Percy —musitó ella—. Tan guapo y tan cínico como siempre, de eso estoy segura. Perseguido por todas las chicas de Asia, ¿me equivoco?

—Bah, tonterías. No me seduce ninguna en particular.

—Lo sé —suspiró ella—. Te seducen todas. Aprendí esa lección un día. Percy.

—Y por eso te fuiste de Port Blair. Cuando volví de Singapur, ya no estabas aquí. Y traía el anillo de compromiso… Un precioso anillo de platino y esmeraldas…

—Lástima —sonrió ella con amargura—. ¿Pudiste sacar algo de él?

—Claro. Cuando las cosas fueron mal, lo vendí por un quinto de su valor a un maldito mercader chino de Yakarta. Lamento no haberlo conservado para dártelo hoy…

—Es mejor que no lo hicieras. Ya no tiene sentido que me regales un anillo de compromiso. Estoy casada, Percy.

—Casada… —repitió él, dejando de beber cerveza. Acariciando al reptil mecánicamente. Miró muy fijo a la joven—. ¿Con quién? ¿Cuándo y dónde?

—Eso importa poco ahora, Percy. Estoy casada, y eso basta.

—Pero has vuelto…

—Sí. Mi marido no ha resultado todo lo bueno que yo esperaba. Tal vez contigo me hubiera ido mejor, no sé. A menos que no hayas cambiado y sigas amando el dinero fácil, las mujeres fáciles y la vida fácil.

—No, no he cambiado. Para bien o para mal, soy el mismo de siempre.

—Entonces, más vale así. No sería feliz contigo, Percy. Te amé mucho, lo sabes. Tal vez aún te ame. Pero no eres hombre para ligarte a nadie. Eres solitario, egoísta, independiente… Por no tener, no tienes ni patria ni bandera, ¿verdad?

—Verdad —rió el joven—. Nací en Inglaterra, pero eso es todo. Nunca me dio nada la vieja y orgullosa Albión. Yo tampoco a ella. Vivo mi vida, y eso me basta.

—Tiene que haber algo que no sea material y que se pueda amar, Percy.

—Yo no lo conozco, te lo confieso, May. Pero dejemos eso. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en Port Blair?

—No sé. Depende de muchas cosas. De momento, seguiré aquí. Esto me gusta. Es mi refugio de siempre. ¿Y tú? ¿Te quedas?

—No. Ahora lamento no poder quedarme, porque estás tú. May. Pero tengo una cita en Madrás con una persona. Trabajo bien pagado, ¿sabes? Me iré mañana.

—Comprendo. Va a ser un encuentro muy breve el nuestro, después de tanto tiempo.

—Sí, muy breve.

Se miraron en silencio. Percy jugueteaba con el sorprendente reptil, sin que Van Dyke, acodado en el mostrador, pareciera extrañarse de ello. Él sabía, como Percy y la joven cantante y algunos pocos más, que «Vicky» era una vieja cobra, singularmente amaestrada por el inglés, vaciadas sus glándulas segregadoras de veneno por un viejo veterinario borrachín, y convertida en dócil amiga de las personas a quienes ella estimaba, como era el caso de su antiguo dueño, Percy Cole, y de su actual propietaria, May.

—Al menos, espero que me permitas cenar contigo hoy —sugirió May débilmente.

—¿Permitirte? —Percy arqueó las cejas—. Te lo ruego, May. El encuentro hay que celebrarlo de forma adecuada. ¿Qué tal si a las ocho nos reunimos en el restaurante de Mingoro, a dos manzanas de aquí? Sirven una excelente cocina indonesia, mucho mejor que la de este hotel. Y el ambiente es más íntimo, más acogedor.

—Hecho —sonrió ella—. A las ocho en Mingoro, Percy. Como en los viejos tiempos.

—Sí —suspiró Percy—. Como en esos tiempos que, según tu canción, no se repiten jamás…

Minutos más tarde, May volvía a cantar por la sala, con su cobra al cuello, esta vez otra vieja melancólica, que hablaba de amores y sentimientos, de recuerdos y añoranzas:

—*Gonna make, a sentimental journey, gonna make my heart at ease. Gonna make a sentimental journey, to renew old memories…*[2]

Percy se levantó, dejando su jarra vacía en el mostrador. Se encaminó a la escalera que conducía a las plantas altas del hotel para descansar un poco. En ese punto, la voz femenina le interpeló, mientras una mano se apoyaba en su hombro:

—Por favor, ¿es usted Percival Cole, el aviador británico?

Se volvió. Y se encontró con la mujer más hermosa que pudiera imaginar.

CAPÍTULO II
CARGA PARA EL PUNJAB

Otra enorme jarra de cerveza reposaba ante Percy. Pero esta vez no en el humoso y pintoresco ambiente del bar del hotel, sino en el bar destinado a los viajeros selectos y elegantes que gustaban de saborear un sofisticado cóctel.

Frente a él, estaba la dama hermosa. Y el hombre, también hermoso, de raro parecido con la mujer. Ellos tomaban una mezcla de menta, leche, hielo y hierbas. Muy refrescante y muy complicada.

—De modo que quieren viajar conmigo hasta Lahore —dijo Percy, tras escucharles.

—Así es —afirmó ella con énfasis—. Nos interesa llegar allí cuanto antes.

—¿Por qué no usan las líneas comerciales regulares? Que yo sepa, las comunicaciones con Lahore no están cortadas…

—Claro que no —admitió él—, Pero preferimos viajar algo más… discretamente.

—Entiendo. ¿Temen a algo o alguien? ¿Pretenden no ser advertidos en ese viaje?

—Algo parecido. Por eso le ofrecemos un precio elevado por nuestros pasajes.

—Demasiado elevado —suspiró Percy, pensativo—. Cinco mil por dos plazas es mucho dinero señor Sothern.

—No para nosotros —terció ella de nuevo—. No queremos que algunas personas lleguen a enterarse de que hacemos ese viaje. Llegamos a Port Blair y nos hablaron de usted. Por eso esperamos su llegada, para intentar viajar en su helicóptero a la India. Nos dijeron que usted siempre tiene un precio para todo, incluso para cuestiones de patriotismo, se flor Cole.

—No le engañaron, señorita —sonrió cínicamente Percy—,

Pudiéramos decir que soy un apátrida con pasaporte británico. Jamás me he sentido de ninguna parte.

Ella asintió. Percy la observaba, curioso. Era una belleza rubia sensacional, como sólo se puede imaginar uno en las novelas. Alta, esbelta, llamativa, de rara e innata elegancia, cabello largo y dorado, sedosa piel blanca, labios gordezuelos y rojos, nariz recta, cejas perfectamente arqueadas y pro fundos ojos color miel. Vestía con una sencillez casi impresionante un simple vestido estampado, de tonos azules y grises, con el que parecía a punto de ser recibida en Buckingham Palace por la propia Reina de Inglaterra.

Su acompañante no podía negar que era su hermano. Podían haber pasado por gemelos, de no advertirse a simple vista que era él unos pocos años mayor, no muchos. Tan rubio como ella, parecía un joven Apolo, atlético y deportivo, musculoso pero no vulgar, de alta estatura, impecable camisa de seda y pantalón de gabardina, ojos oscuros y fríos y fácil sonrisa. Se había presentado como Scott Sothern, hermano de Marla Sothern, la beldad rubia.

—Entonces, sí el color de su bandera es el de los billetes americanos, señor Cole, ¿qué dice a nuestro ofrecimiento? —indagó él.

—Depende de las personas que ustedes traten de eludir viajando así. Si son autoridades civiles o militares, no correré riesgo alguno de perder mi helicóptero y mi trabajo por meterme en líos.

—Le prometemos que no se trata de eso —sonrió ella vivamente—. Puede visitar la legación americana en Port Blair y preguntar por nosotros. Le informarán bien, no lo dude.

—Lo haré, antes de partir, eso se lo prometo.

—Desconfiado, ¿eh? —rió Scott Sothern entre dientes, algo molesto.

—Siempre. Por eso sobrevivo aún —dijo humorísticamente Percy—. Estas regiones tienen un exótico encanto, pero también están llenas de peligros para la gente demasiado confiada.

—Lo sabemos muy bien —suspiró Marla Sothern—. Por eso tratamos de viajar lo más calladamente posible. Debemos ir a Lahore. Y usted es nuestro recurso idóneo, señor Cole. Por eso le hemos buscado para hacerle una proposición que consideramos pueda interesarle.

—Y me interesa, pueden creerlo —aseguró Percy—. ¿Algún motivo especial para su viaje a Lahore?

Ambos hermanos se miraron. Parecieron consultarse mentalmente, dudar luego. Al fin, ella se decidió, volviendo a clavar sus ojos melosos en él.

—Mi padre. Ha desaparecido en la India. Nadie sabe dónde está. Yo espero dar con él.

—Entiendo. Motivos familiares.

—Algo así. Mi padre no estaba solo cuando desapareció. Le acompañaba un buen amigo y socio suyo, un tal Cy Tyrone. No se ha sabido nada de ninguno de los dos en varios meses. Las autoridades indias se han cansado de buscar Nosotros, no. Vamos a intentar localizarle. Vivo o muerto.

—Muy bien. No me interesa saber más. Espero que me digan la verdad. No tendría sentido engañarme, se lo aseguro. Mañana saldremos de Port Blair a las siete de la mañana. Les espero en el aeropuerto cercano a la ciudad.

—Seremos puntuales, señor Cole —afirmó Scott Sothern, sacando de su bolsillo una billetera de piel de cocodrilo, de la que extrajo varios billetes. Contó dos mil quinientos dólares, que puso en la mano de Percy. Sonriendo, añadió—: El resto mañana mismo, a la hora de despegar, ¿de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo —el inglés guardó el dinero con aire indiferente—. Ah, otra cosa: haremos una escala forzosa en Madrás, para atender a un cliente que me proporcionará un cargamento para el norte de la India. Por eso podré lie varíes de paso hasta Lahore. ¿Aceptan compartir el trayecto con una carga que aún desconocemos?

—Viajaremos como sea, señor Cole —aseguró ahora Marla Sothern con decisión—. Aunque esa carga esté compuesta de nitroglicerina pura. No nos da miedo nada, se lo garantizo.

—Empiezo a darme cuenta de eso, señorita Sothern —confesó Percy incorporándose y tendiéndoles la mano—. Ha sido un placer conocerles. Hasta mañana a las ocho, señores.

Se alejó de la mesa y de la pareja, abandonando el club coctelería del hotel. Era ya algo tarde. Subió a su habitación, muy fresca gracias al aire acondicionado que había suplido en muchos sitios de aquellas latitudes, aunque no en todos, a los viejos y ruidosos ventiladores. Cerró la puerta de frágiles tablas en forma de persiana, y se tumbó a descansar sin quitarse siquiera sus ropas livianas, de hilo color crudo.

Momentos más tarde, dormía profundamente. No almorzó siquiera, despertándose tan sólo para ir a cenar con May al Mingoro. Cenaron la exquisita cocina indonesia del establecimiento, escucharon música nativa y salieron ya avanza da la noche, a la calle principal de Port Blair, con sus pintorescos cruces de calles, en cuyo centro se alzaba la

peana entoldada donde el agente de tráfico ordenaba durante los soleados y calurosos días la circulación, compuesta por una heterogénea y curiosa mezcla de coches modernos, *jeeps*, bicicletas e incluso los antiquísimos *ricshos*, conducidos por nativos.

Ahora había escasa circulación en las calles de la población isleña. El aire era cálido y húmedo, con el olor a salitre y yodo que venía del mar. Las luces festoneaban los porches de madera o cañas de las casas pintorescas de la pequeña población. May y Percy caminaron por las aceras, charlando de viejas cosas.

De repente, en algún lugar de la calle sonó un disparo.

Luego otro. Cole lanzó un gemido, May sintió silbar algo siniestro cerca de ella, y el joven piloto británico se desplomó en el suelo como fulminado por un rayo.

* * *

Rápidamente, May se arrojó al suelo movida por el más elemental instinto de conservación, pero los disparos ya no se repitieron. Un silencio profundo reinaba en la calle tras las dos detonaciones. Se tendió junto a Cole, temiendo sin duda descubrir que su viejo amigo y amante ya era cadáver.

Se llevó una sorpresa. Entre dientes, la voz de Percy sonó ahogada:

—Quieta ahí. No te muevas. Podrían herirte a ti.

—¡Percy! —susurró ella—. ¿Estás bien? ¿No te han herido?

—No, no me han herido —sonrió el caído—. Pero debía fingirlo, si quería evitar que siguieran disparando sobre mí. Las balas pasaron muy cerca, ésa es la verdad.

—Debieron disparar desde el otro lado de la calle…

—Sí, supongo que sí. No llevo armas, de modo que no podía hacer otra cosa que aparentar haber sido herido para dejarles tranquilos.

De varios establecimientos cercanos salían ya curiosos atraídos por los disparos. Dos agentes nativos, de uniforme blanco, pantalón corto y turbante a la cabeza, se aproximaban a la carrera, empuñando sus armas cortas reglamentarias. Cuando llegaron junto a ellos, Cole se puso de rodillas y sacudió sus ropas.

—No ocurre nada —les calmó—. Alguien intentó liquidarme, eso es todo.

—¿Vieron a alguien en concreto? —se interesó uno de los policías locales.

—Yo, no —negó Cole.

—Yo tampoco —corroboró May pensativa.

Dieron sus nombres y, mientras los agentes hindúes examinaban la calle en busca de algún rastro del autor de los disparos, ambos jóvenes siguieron su camino hacia el Hotel Bengala. El rostro de May aparecía ensombrecido.

—¿Quién puede tener interés en matarte, Percy? —se interesó, inquieta.

—Se me ocurren varias respuestas —comentó él, encogiéndose de hombros—. Puede ser cosa de un viejo amigo llamado Kwan Koo, mezcla de pirata y traficante. O estar relacionado con un viaje a Madrás… e incluso con otro a Lahore.

—Temo no entender nada de eso, Percy.

—Es igual —sacudió la cabeza el joven piloto—. Yo tampoco lo entiendo. Lo cierto es que han intentado eliminarme del mundo de los vivos, y no sé quién fue. Pero no hay duda de que estorbo mucho a alguien que no se para en barras para deshacerse de un obstáculo llamado Percy Cole…

Dejó a May en el hotel. Se despidieron con un largo beso. Luego, la pelirroja joven volvió al bar de Van Dyke para cantar, como cada noche, para la clientela del holandés. Su inseparable cobra «Vicky» se enroscaba a su cuello durante la actuación. Cole le hizo un afectuoso gesto de despedida a su vieja amiga la serpiente, que respondió con un bufido, irguiendo la cabeza en el ademán más típico y temible del hermoso y ponzoñoso reptil.

Esa noche. Cole puso bajo su almohada, antes de acostarse, su revólver Colt, con la carga completa, y se durmió con todos sus sentidos bien alertados.

Fue un acierto por su parte. Llevaba cosa de dos horas acostado cuando una sigilosa sombra se movió allá fuera, en la galería, tras las rendijas de la puerta balcón de persiana. Unos pies descalzos pisaron las tablas del porche del hotel asomado a los jardines posteriores, y unos dedos bronceados movieron sigilosamente las maderas de la persiana, hasta con seguir una abertura adecuada para sus propósitos.

Después, muy cautelosamente, esos dedos soltaron algo contenido en un saquito de plástico, y cuyos movimientos dentro del tejido sintético revelaba la presencia de un ser vivo e inquieto. Cuando abandonó su recipiente, se movió rápido y silencioso por la habitación ocupada por el británico.

Su sombra achaparrada y velluda se dibujó negra, siniestra, sobre el pavimento, deslizándose con lentitud implacable hacia el lecho ocupado por el huésped.

Era una tarántula de la especie más venenosa del trópico.

El arácnido negro y peludo, tan grande casi como un cangrejo gigante, alcanzó las sábanas del lecho, destacando con su blancura en la penumbra del dormitorio. Empezó a reptar hacia arriba. Su negra masa se recortaba nítida contra el blanco de la liviana tela.

Se aproximó al embozo que se doblaba cerca del rostro del durmiente. La temible tarántula, cuya mordedura implicaría inicialmente accesos febriles, espasmos casi epilépticos y náuseas, para terminar en vómitos, parálisis progresiva y por fin muerte clínica definitiva, llegó a escasas pulgadas del mentón de Cole. Se dispuso a saltar con sus ocho patas sobre el rostro del humano.

En ese momento, un dedo apretó el gatillo en la sombra. El cañón de un revólver Colt, calibre 45, estaba asestado desde momentos antes hacia la terrorífica sombra negra en movimiento. El pesado proyectil reventó al arácnido en mil pedazos, dispersando su repugnante naturaleza por doquier.

Allá fuera, una sombra furtiva echó a correr, en precipitada huida. Cole saltó del lecho, se aproximó a la carrera a la persiana y disparó a través de ella dos veces. El arma llameó en la oscuridad. Fuera, sonó un alarido ronco y un golpeteo sordo sobre la espesura del jardín. Luego, reinó el silencio.

Cuando Percy Cole llegó a los helechos del jardín, el cuerpo de un joven y flaco hindú yacía sin vida, con una bala alojada en la nuca, sobre las plantas chafadas por su propio peso.

—Demasiado certero el disparo —se quejó Percy—, No quería matarle. Sólo herirle.

Pero acerté un punto vital…

Ese mozo ya no podrá decirme quién le pagó para llevar la muerte a mí alcoba…

* * *

Randar Nagal era un hindú grueso, de negras cejas, bar bita oscura, recortada, ojos profundos y negrísimos, turban te rojo carmesí y ropas occidentales.

Poseía unas amplias oficinas y un almacén repleto de toda clase de

mercancías en el distrito comercial de Madrás. Tras estrechar la mano a su visitante, le hizo sentar y le obsequió con un té indio, aromático y suave.

—Señor Cole, me alegra tenerle aquí —comenzó por manifestar.

—Yo también lo celebro —sonrió Percy—, Estuve a punto de no llegar.

—¿Problemas con el helicóptero? —indagó Nagal, arqueando sus espesas cejas.

—Peor que eso: dos disparos y una tarántula venenosa en Port Blair. Pudieron haberme matado en cualquiera de las dos ocasiones fácilmente. Pero tuve suerte.

—Entiendo. Tiene enemigos peligrosos, ¿no? —sonrió el hindú afablemente.

—Siempre los tuve. Pero no se metían tanto conmigo. Me pregunto…

—¿Sí? —le apremió Randar Nagal, inclinándose hacia él con aire indolente.

—Me pregunto si el asunto puede tener algo que ver con este trabajo suyo…

—¿Por qué pensó eso, señor Cole? —entrelazó beatíficamente sus gruesos dedos oscuros el comerciante hindú, retrepándose en su asiento de rejilla como un buda.

—No sé. Fue una simple idea. Tal vez no tenga sentido.

—Puede tenerlo, señor Cole. Su trabajo va a ser algo delicado. Dígame si lo acepta definitivamente o no. Se trata de llevar armas a cierta región de la India. Armas modernas, de fabricación occidental.

—¿Para quién?

—Para los *sijs*, en el Punjab.

Cole arrugó le ceño. Sopesó los acontecimientos con calma.

—Los *sijs*… —repitió—. Guerreros y religiosos fanáticos. Rebeldes, independentistas y enemigos mortales del Gobierno central de Nueva Delhi… El Templo de Oro, en Amritsar es su santuario sagrado.

—Veo que los conoce bien —sonrió Randar—. A mí los motivos políticos o religiosos de los *sijs* me tienen sin cuidado. Es su dinero el que cuenta. Pagan muy bien la mercan cía. Y me permiten pagarle también muy bien a usted, señor Cole. ¿Algún escrúpulo de conciencia al respecto?

—Ninguno —Percy se encogió de hombros—. No tengo partido en esa lucha. Allá los de su país con sus problemas internos, señor Nagal.

Llevaré esas armas, siempre que no signifiquen un riesgo demasiado grande para mi persona.

—Nadie sabe que son armas ni que su destino es el Punjab

—Menos mal. Llevo dos viajeros conmigo. Van a Lahore. Pensé que podía trasladarlos al mismo tiempo que hago este viaje…

—Si puede hacer ambas cosas en un plazo prudencial, tanto mejor. Esos viajeros pueden distraer la atención de cualquier espía. Recuerde que a los *sijs* les urge disponer de esas armas lo antes posible. La muerte de su líder Jarnail Sing Bhindranwale, en la batalla del Templo de Oro con las tropas hindúes enviadas allí por el Gobierno de Nueva Delhi, no sólo no ha refrenado sus afanes belicosos, sino que ha exacerbado su «guerra santa» contra el Ejército regular hindú.

—Tendrán esas armas en su momento. Pero no me gusta ría que alguien que odiara lo suficiente a los *sijs*, estuviera trabajando en la sombra contra mi persona.

—Eso no puedo saberlo —rechazó suavemente el comerciante de Madrás—. Será problema suyo todo riesgo que corra. Por algo cobrará generosamente su tarea. Pero si siente recelos, piense que también sus viajeros hacia Lahore pueden ser la causa de esas complicaciones. ¿Qué sabe exacta mente de ellos y de las razones de su viaje?

—Muy poco —confesó Cole arrugando el ceño—. Tendré en cuenta esa advertencia suya, gracias.

—Perfectamente. Cargaremos su helicóptero esta misma noche. Las cajas, aparentemente, contendrán material agrícola para el Punjab. Aquí tiene la paga prometida inicialmente —le entregó un fajo de billetes de dólares americanos—. Cuéntelos. Son tres mil. Firme luego un recibo, por favor. Al llegar a Amritsar, recibirá otros dos mil de manos de mi amigo en aquella ciudad, el *gurú* Chotal Jal. Todo está allí dispuesto para recibirle. ¿Cree que podrá burlar la vigilancia de las autoridades hindúes?

—Puede tener por seguro que lo intentaré en todo momento, por la cuenta que me tiene —suspiró Cole, contando los billetes parsimonioso —. No me gustaría morir en un paredón, fusilado por sus hermanos de raza, señor Nagal.

Aquella misma noche, tras ser cargados a bordo las cajas conteniendo aparentemente material y herramientas para la agricultura, el helicóptero plateado de Percy Cole remontó el vuelo hacia el norte de la India. Junto a él, se acomodaba en la cabina delantera Scott Sothern. Atrás, confortablemente sentada en la cabina destinada a viajeros, su

hermana Marla contemplaba las luces de Madrás, quedando bajo el tren de aterrizaje de «Birdie», mientras éste ronroneaba rumbo a su destino. El comerciante de Madrás había tomado previamente sus medidas astutamente. En poder de Cole obraba un documento oficial, firmado y sellado por un departamento gubernativo hindú, garantizando que el envío era completamente legal y se atenía al material para labores de agricultura consignado en la correspondiente guía de mercancías. No había duda de que el tal Randar Nagal tenía influyentes amistades, pese a trabajar en asuntos al margen de toda ley.

—Y ahora… ¿a Lahore? —preguntó risueño su joven acompañante.

—Eso es —afirmó con energía Percy—. A Lahore.

No le aclaró que aquella mercancía iría más al norte, a las fértiles tierras del Punjab, junto a la frontera pakistaní, a manos de los rebeldes y peligrosos *sijs*. Y que ellos, en cierto modo, eran parte de su coartada en tan arriesgada aventura.

Tal vez hizo bien en callarlo, porque los acontecimientos inmediatos iban a alterar radicalmente todos los proyectos establecidos de antemano. Y, por otro lado, tampoco sus dos jóvenes viajeros habían sido del todo sinceros con él, ni mucho menos…

CAPÍTULO III
TORMENTA Y SECUESTRO

El primer relámpago invadió de luz cárdena la cabina.

—Vaya, ésta sí que es buena —comentó Cole, mientras Sothern miraba amedrentado al exterior, repentinamente ensombrecido por espesos y negros nubarrones.

—¿Eso significa que entramos en una tormenta? —jadeó Scott Sothern tragando saliva.

—Exacto. Una tormenta que no podemos eludir, porque ocupa todo nuestro frente, de Este a Oeste. O entramos en ella, intentando dejarla atrás, o regresamos a Madrás, cosa que nos demorará considerablemente en nuestro viaje.

El morro del helicóptero apuntaba decidido hacia la masa negra de nubes amenazadoras. Otro destello zigzagueante desgarró el oscuro cielo ante sus ojos.

—¿Cree que podemos salir bien librados de ese temporal? —dudó Sothern.

—Al menos, vamos a intentarlo —sonrió Cole, empuñando con firmeza los manos de su helicóptero—. Le aconsejo que vaya atrás con su hermana y se sujeten bien a los asientos. La danza que vamos a iniciar dentro de poco, no va a gustarles nada a ninguno de los dos.

Sothern no replicó, limitándose a obedecer. Minutos más tarde, empezaban a oírse los gemidos de terror de Marla Sothern, mientras el helicóptero se bamboleaba peligrosamente en medio de la tormenta, y el apolíneo Scott trataba de consolar a su hermana en plan protector. Cole se dijo que, de todos modos, la chica era muy valerosa. Ni una sola vez gritó, incluso cuando uno de los rayos rozó el aparato, haciéndole vibrar en medio de una descarga cegadora de luz, y casi dar un vuelco sobre sí mismo.

Torrencial, la lluvia se desplomaba ahora sobre el fuselaje y las

hélices que giraban por encima de ellos con monótona persistencia. El helicóptero era juguete del temporal y a duras penas lograba mantener su precaria estabilidad, eludiendo con hábil maniobra las zonas más peligrosas de aquella temible borrasca tropical.

Por fin, la tormenta quedó atrás de modo definitivo, y la noche salpicada de nubes ligeras, con las estrellas luciendo frías en la distancia, se abrió ante ellos, ya despejada hacia el norte.

Respiró hondo Percy Cole, miró atrás y habló con tono risueño:

—Ya pueden descansar tranquilos, amigos —avisó—. Lo peor quedó atrás. Es posible que en diez años esta zona no vuelva a conocer una tormenta así. Tuvo que ocurrimos a nosotros esta noche. No es un buen presagio para este viaje, la verdad…

Los Sothern no respondieron a eso, limitándose a acomodarse mejor en la cabina de pasajeros para pasar la noche. Pero Cole era perro viejo en esta clase de peripecias y no andaba demasiado lejos de la verdad. El viaje había comenzado con malos auspicios. Pero eso no era nada al lado de lo que les esperaba en lo sucesivo…

* * *

Aún no había clareado cuando Percy descubrió a los tres aparatos, volando muy bajos delante de él. Eran tres ligeros cazas de moderna factura, pero sus matrículas le resultaron inidentificables. Si eran aparatos militares hindúes, no lo parecían. Recordando su desagradable incidente en las proximidades de Port Blair, con los aviones de Kwan Koo, llevó instintivamente la mano al mando de su ametralladora, pero aquellos aparatos no iban pintados de negro, como era proverbial en la escuadrilla del pirata y traficante internacional.

Les dejó atrás en su vuelo, comprobando que valía más no enfrentarse a ellos. Eran aparatos muy modernos, cazas del tipo *Harrier*, de despegue vertical, provistos de cañones y ametralladoras demasiado poderosas para su escaso arsenal defensivo. Los contempló de soslayo, sin gustarle demasiado su presencia en la ruta, pese a que parecían ajenos totalmente a su propia persona y aparato.

Pocas millas después, comenzó a preocuparse. Giró la cabeza al escuchar un motor a sus espaldas. Uno de los *Harrier* se había situado sobre él, ganando terreno por momentos. Los otros dos se hallaban ahora a ambos flancos del helicóptero. Estaba rodeado sin haberse dado apenas cuenta. La maniobra no parecía casual.

A través de la radio, le llegó un mensaje concreto: —Atención, helicóptero plateado. Atención, helicóptero plateado. No intente resistir. Sería inútil. Tenemos orden de disparar si nos hace frente. Sería exterminado. Vuele entre nosotros sin maniobra extraña alguna. Obedezca. Y responda si ha recibido mensaje.

Ceñudo, Percy tomó el micrófono, estudiando a los tres *Harrier* que parecían escoltarle ahora en cerrada formación. Su respuesta fue escueta:

—Recibido el mensaje. Obedezco. No intentaré resistir. Dígame por qué hacen esto y quiénes son. Este es un vuelo autorizado y transporto mercancías legales.

Una risita se escuchó por la radio. La réplica que le dieron no era alentadora:

—Eso nos tiene sin cuidado. Obedezca, y nada más. No se desvíe un milímetro de nosotros o será derribado. Es nuestro último aviso.

Cerraron la comunicación. Cole lanzó una imprecación. De repente, una voz indagó a sus espaldas:

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Con quién hablaba? ¿Qué hacen esos aviones?

Giró la cabeza. Marla Sothern estaba tras él. Parecía serena, pero preocupada.

—Ya lo ve —respondió, seco—. Nos escoltan.

—¿Escoltar? ¿Hacia dónde?

—Sólo ellos lo saben. Me avisaron por radio. Debemos seguirles. O nos abatirán. Y no bromeaban en absoluto.

—Dios mío… —los ojos color miel reflejaron incertidumbre—. ¿Son aviones militares?

—Lo son, pero dudo mucho que sean del Gobierno. No obran como tales, cuando menos. Me temo que esto es un secuestro en toda regla.

—¡Un secuestro! —Ella se mostró agitada y una frase sorprendente se escapó de sus labios en ese momento—. Dios mío, deben ser ellos… El Señor de la Muerte…

—¿Quién? —indagó rápidamente Cole, mirándola perplejo.

—Oh, nada, nada… —susurró ella, mordiéndose el labio inferior, como si quisiera ahogar sus propias palabras—. Olvídelo. Pensaba en voz alta, eso es todo. Estoy preocupada, asustada incluso…

—Yo también. Un secuestro aéreo no es cosa de cada día. Y menos por parte de tres aviones *Harrier*. Son aparatos muy caros y sofisticados. El que posea algo así para simples actos de piratería debe disponer de

mucho dinero y mucho poder…

Ella, sin responder nada, pasó de nuevo a la cabina de atrás. Cole la oyó hablar excitadamente con su hermano, que respondía con secos monosílabos. Arrugó el ceño el joven piloto. Algo en aquella pareja no le gustaba del todo. Empezaba a estar seguro de que le ocultaban algo, pero no sabía el qué. Ni ahora le importaba demasiado, porque el enigma más inmediato y preocupante lo constituían aquellos tres *Harrier* que, inexorablemente, le obligaban a desviarse de su ruta inicial, hacia Lahore y el Punjab.

Miró la brújula de su cuadro de instrumentos y apretó los labios con fuerza.

—Nos desviamos —dijo sordamente para sí—. Dirección nor-nordeste… ¿Hacia dónde? ¿Y para qué?

No había respuesta. La radio seguía silenciosa. Los tres cazas misteriosos le forzaban a aquel desvío obligado. Eso, o dejarse abatir. Era la alternativa.

Optó por ceder sin resistencia. Sabía cuándo una batalla estaba perdida de antemano.

Esta era una de esas ocasiones, sin lugar a dudas.

Y cedió, maniobrando siempre en dirección nor-nordeste…

* * *

Percy Cole conocía muy bien las regiones que estaba sobrevolando, por algo llevaba años enteros de su vida haciendo viajes por aquellas zonas de Asia. A partir del asalto de los misteriosos *Harrier* inidentificados, ocurrido aproximadamente a la altura de Nagar Karnul, entre Hyderabad y Madrás, se habían ido desviando ostensiblemente en dirección nor-nordeste, y ahora sobrevolaban el mar, a la altura del litoral indio de Berhampur. Era ya día claro, y el vuelo se mantenía regular, huyendo al parecer de las zonas vigiladas por los servicios militares hindúes y sus fuerzas aéreas. El Golfo de Bengala se extendía, inmenso y azul, a su derecha, hasta donde abarcaba la mirada, surcado por lejanas embarcaciones que eran sólo puntitos blancos en la gran superficie marina.

—¿Adónde cree que nos llevan? —preguntó Scott Sothern, sentado de nuevo junto a Percy, con gesto preocupado.

—No tengo la menor idea. A juzgar por la ruta que siguen los aparatos, podría jurar que nos dirigimos a Bangla Desh. Es posible que

hayamos caído en manos de alguna patrulla extranjera sobrevolando cielo hindú, pero esto no tiene mucho sentido por el momento.

Será mejor esperar acontecimientos.

—Pues sí que la hemos hecho buena —se quejó el rubio joven—. Esto está en un lugar diametralmente opuesto a Lahore…

—También lo está respecto al lugar adonde yo me dirigía, pero no está en mi mano evitarlo. Si intentamos escabullirnos de la vigilancia de esos aparatos, será cosa de niños para ellos abatirnos sobre el Golfo, señor Sothern. Supongo que ni usted ni su hermana desearán ese final para ambos. Yo, al menos, prefiero apurar esto hasta sus últimas consecuencias.

—Tal vez se trate de un secuestro para despojarle de su helicóptero y de esa carga misteriosa que tomó en Madrás… y luego nos ejecuten a los tres —sugirió aviesamente Sothern.

—Tal vez —Cole se encogió de hombros con una fría sonrisa—. Si es así, ¿qué podemos hacer por evitarlo?

—¡Luchar! —bramó el joven viajero con ímpetu.

—Mi querido amigo, eso se dice fácilmente. Estoy habituado a luchar. Pero sólo si existe una mínima oportunidad de triunfo. En este caso, no la hay. Hágame caso y dé una cabezadita junto a su hermana. Es lo mejor que puede hacer. Sospecho que aún queda bastante viaje por hacer.

Malhumorado, Scott Sothern se fue gruñendo junto a su hermana. Cole, calmosamente, encendió un cigarrillo y mantuvo el control sobre los mandos del aparato, empezando a sentir una leve somnolencia. No andaban muy bien de combustible ya, según los indicadores de a bordo, y optó por tomar la radio, conectando para avisar a sus captores:

—Lo siento, pero esto no es un *Harrier* —dijo secamente—. Queda combustible sólo para un par de horas de vuelo. ¿Qué hago después? ¿Arrojarme derecho al mar?

La respuesta tardó un poco en producirse y parecía contrariada la voz que la expresó:

—Está bien. Síganos ahora. Nos desviaremos hacia un aeródromo conocido donde no existen riesgos de que nadie le ayude. Recuérdelo y no intente heroicidades inútiles una vez en tierra. Repostaremos para partir de inmediato. Sólo eso.

Los cazas de despegue vertical viraron bruscamente hacia el oeste. Cole no tuvo otro remedio que seguirles en la maniobra, siempre flanqueado por dos de ellos. Su poderoso helicóptero plateado, tan

apropiado para flete de cargas como para tareas de salvamento y evacuación, capaz para una carga respetable y para cuatro pasajeros, incluso enfermos o malheridos, destellaba en el amanecer como un extraño abejorro de plata cuya hélice emitía un zumbido continuado y monocorde.

Se adentraron en el continente hindú, eludiendo las zonas pobladas y las ciudades importantes. Volaban bastante bajo, posiblemente para eludir posibles estaciones detectoras de radar, dejaron atrás algunos villorrios y campos de cultivo, para sobrevolar, cosa de media hora más tarde, una amplia llanura desértica, entre montañas. No se veía por allí lugar habitado alguno. Al aproximarse más a tierra, descubrió en la distancia a unas toscas edificaciones de madera y un llano liso como la palma de la mano, de suficiente longitud para aterrizar en él aviones. Pero ni su helicóptero ni los poderosos *Harrier* de moderna factura necesitaban terreno para ello. Se posaron en el suelo desértico en forma vertical, sin la menor dificultad.

Cuando Cole y los Sothern asomaron a la portezuela del aparato, varios hindúes de turbantes negros o azul oscuro y torso desnudo, rodearon el aparato empuñando fusiles o metralletas. Uno de ellos le habló en correcto inglés, con tono duro:

—Cuidado, señor. Bajen de ahí con los brazos en alto y no intenten nada. Pueden entrar en esa cabaña y tomar agua o alimentos mientras repostan gasolina en su helicóptero. No intenten nada o les costará caro a los tres.

Fueron conducidos hasta una edificación de madera con techo de cañas. Dentro encontraron provisiones en forma de fiambres, zumo de frutas y cerveza, así como una garrafa de agua potable. También tenían un servicio de aseo, que utilizó primero Marla Sothern y posteriormente su hermano y Cole. Tomaron algo de comida fría y zumo de frutas. Cole se con tentó con un emparedado y una cerveza. A través de una ventana angosta, vieron cómo repostaban carburante en el helicóptero, y los pilotos de dos de los *Harrier* paseaban por tierra, hablando con los hombres armados del lugar.

—¿Qué lugar es éste? —indagó Scott junto a Cole—, ¿Quiénes cree que son toda esta gente que nos ha secuestrado y por qué pueden haberlo hecho?

—Sé tanto como usted, señor Sothern —confesó Cole, mirándole de soslayo—. No es fácil encontrar gente que posea aviones tan caros y modernos como ésos. Es posible que los hayan adquirido en el mercado

negro internacional, a través de algún país al que Gran Bretaña suministró material bélico por alguna razón. ¿Seguro que ustedes dos no saben nada relacionado con este secuestro, señor Sothern?

Su pregunta había sido repentina, brusca y disparada de modo incisivo. Hizo blanco de inmediato, según pudo colegir Cole. Sothern apretó los labios, tragó saliva, y por un momento pareció desconcertado. Rápido, miró a su hermana. Cole advirtió que ella también se había demudado por escasos segundos. Después. Scott Sothern replicó con sequedad:

—No sé qué quiso dar a entender con esa pregunta, señor Cole. No tenemos la menor idea de todo esto ninguno de los dos.

Cole no comentó nada. Pero mentalmente, anotó el hecho. Empezaba a pensar que no sólo su carga para los *sijs* rebeldes del Punjab podía ser importante, sino también aquellos dos pasajeros que habían pedido ir a Lahore por causas tan ambiguas como la desaparición de su padre y un socio de éste en el norte de la India.

—Estamos cerca de Kharagpur, si no me equivoco, al oeste de Calcuta —meditó en voz alta Percy poco después, paseando por la cabaña—. Me pregunto adónde nos dirigimos exactamente…

Un ruido en el aire le hizo girar la cabeza hacia el azul del cielo, por encima del aeródromo clandestino situado en pleno desierto indio. Cole arrugó el ceño, contemplando el solitario aparato que sobrevoló por unos instantes la zona, perdiéndose luego en la distancia. Todos los residentes en aquel lugar lo seguían también con expresión desconfiada, y los pilotos de los *Harrier* acudieron prestamente a sus aparatos por lo que pudiera suceder.

Pero el avión viajero se difuminó a lo lejos, tras las montañas, y la calma volvió al lugar. Abrieron la puerta de la cabaña bruscamente. Un par de hombres armados asomaron su rostro broncíneo bajo los turbantes oscuros. Las armas automáticas apuntaron a los tres cautivos.

—En marcha, señores —dijo con aspereza uno de ellos—. Ya tienen gasolina suficiente.

—¿Suficiente para qué? —replicó Cole—. ¿Adónde nos dirigimos?

—No pregunte —le atajó el otro con fría mirada—. Es lo mejor.

Se encaminaron sin más al plateado aparato. Ocuparon sus asientos en silencio, mientras los *Harrier* iniciaban su maniobra de despegue vertical, ruidosamente, levantando oleadas de tierra arenosa. El plateado «Birdie» les siguió de inmediato, siempre bajo la implacable escolta de los tres cazas.

Pronto quedó atrás el aeropuerto oculto en el desierto, con sus escasos ocupantes escondiéndose en las edificaciones. Cole se preguntaba qué vasta organización paramilitar podía controlar todo aquello, y desde dónde se movían exactamente los hilos de la trama. El nombre de Kwan Koo, su mortal enemigo, le había acudido varias veces a la mente durante la aventura. Pero ni siquiera aquel acaudalado pirata moderno y traficante en armas y secretos militares hubiera podido poseer tan extensa organización.

El vuelo se prolongaba considerablemente. El rumbo ahora era ya inconfundible: se dirigían al Nepal, en las fronteras mismas del misterioso Tibet, dominado ahora por la República Popular China. Una idea cruzó por su mente: ¿tendrían algo que ver en el asunto los servicios secretos de la propia China o de su mortal adversario, Taipeh? ¿Se había mezclado casualmente en algún poderoso conflicto internacional de cariz ultrasecreto? De nuevo la sospecha hacia sus ambiguos viajeros se alojó en su mente.

Decidido, puso el piloto automático, y se encaminó a la cabina posterior. Los hermanos Sothern dormitaban en ese momento, y la luz del sol penetraba por las ventanillas, dando un cálido tono dorado a las cosas y las personas.

—Acabemos de una vez —dijo con crudeza Cole, plantándose ante los dos—. ¿Qué vinieron ustedes a buscar exacta mente a la India, y por qué nos han raptado esa gente?

Despertaron con sobresalto. Marla lanzó una leve exclamación. Scott, tras el primer impulso de sorpresa, arrugó su ceño y se encaró con el piloto:

—Oiga, amigo, ¿a qué viene esto ahora? —clamó—. Le he repetido cien veces que no sabemos nada de nada ni tenemos que ver con todo este problema, ¿no le basta mi palabra y la de mi hermana?

—Rotundamente, no —negó Cole—. He meditado mucho. Las armas que llevo para los *sijs*, en el Punjab, bajo el aspecto de inofensivo material agrícola, no puede ser motivo por sí solo para este rapto. Si fuese así, se trataría de fuerzas aéreas hindúes, y actuarían oficialmente, acusándome de colaboración con los rebeldes. Los propios *sijs* carecen de motivo para un rapto, porque las armas son para ellos. Además, no pueden poseer aviones *Harrier* bajo concepto alguno, porque son aparatos modernos, muy caros, de difícil obtención en los mercados internacionales de armamento. Tengo un enemigo personal, un bribón llamado Kwan Koo, poderoso y capaz de todo, pero que no posee ni

remotamente una organización así. De modo que sólo queda una posibilidad en todo esto: ustedes dos. Me han contratado para un viaje misterioso, y de repente nos desvían de esa ruta sin motivo aparente, nos tratan con cortesía pero sin contemplaciones, y nos llevan a alguna parte que, por el momento, tiene todas las trazas de ser el Nepal. Y el Nepal es la puerta del Tibet, por si no lo saben. Usted habló en una ocasión de algo, señorita Sothern, que de inmediato intentó ocultar: el Señor de la Muerte. He pensado sobre ello largamente. Tengo la respuesta: el Señor de la Muerte es una divinidad tibetana que se venera en el Himalaya, en Nepal y en Buthan especialmente, oculta por una horrible careta roja rematada por cinco cráneos de calavera. Su simbología es siniestra, por supuesto, dentro del lamaísmo o budismo tántrico, ya que esa religión está impregnada de motivaciones supersticiosas y de pura hechicería, entre las cuales la Muerte mantiene un lugar preponderante, como centro de todas las cosas. Resulta algo más que curioso que usted, señorita Sothern, hable del «Señor de la Muerte», y resulte que viajamos precisamente adonde se venera a esa divinidad macabra: el Nepal. El Tibet y sus fronteras, en suma.

Los Sothern parecían anonadados, pálidos y poco capaces de reaccionar. Aún Scott trató de hacerlo con cierta energía, pero su hermana le sujetó del brazo y, con dulce firmeza, se volvió a Cole, sonrió tristemente y respondió:

—Sí, señor Cole. Usted tiene razón. Le mentimos en todo momento. Sólo hay de cierto en la razón de nuestro viaje la desaparición de nuestro padre y de su socio. Pero no tenemos la menor esperanza de hallarles con vida. Sólo esperamos que su trágico destino llegue a aclararse para nosotros… y que la amenaza del Dragón Dorado no nos alcance fatalmente.

Al tiempo que decía esto, hundió la mano en su bolsa de viaje y mostró algo que, resplandeciente al ser herido por el sol que penetraba en la carlinga del aparato, casi cegó con sus destellos al joven piloto británico.

Era un pequeño dragón de oro puro y macizo. Un dragón cuyos ojos, sin embargo, eran rojos y brillantes como la misma sangre.

En ese punto, allá fuera, ocurrió algo. Se escuchó un formidable estallido, y el cielo se nubló por un instante, llenándose luego de vivísima luz mientras el helicóptero se agitaba con violencia, como si fuera a precipitarse a tierra.

Cole, lanzando una imprecación, dejó de contemplar aquella

hermosa figurilla de oro, y corrió vertiginosamente a hacerse cargo de los mandos de «Birdie».

CAPÍTULO IV
DRAGON DORADO

De inmediato se dio cuenta de lo que había sucedido allá fuera, en el azul del límpido cielo hindú, a escasa distancia de donde se hallaban ellos.

Uno de los poderosos *Harrier* había estallado en el aire violentamente, y sus fragmentos volaban por los aires todavía, empezando a caer mansamente a tierra entre densas masas de humo negro. Los otros dos actuaban rápidos, desplazándose en busca del agresor que tan duro castigo les había infligido.

Percy, sentado a los mandos del helicóptero, descubrió pronto al adversario de los cazas secuestradores: un avión que veía por segunda vez en poco tiempo.

Era el mismo que sobrevolara el aeropuerto del desierto durante su escala de reaprovisionamiento de combustible. Un aparato aparentemente inofensivo, sin señales ni distintivos en su fuselaje gris plomo. Era un reactor rápido y certero. De su cuerpo, bajo el vientre metálico, surgió una nueva centella, una estela de luz que proyectó un objeto sibilante, vertiginoso, hacia los *Harrier* en evolución.

No era un disparo vulgar. Cole se estremeció al comprobar que se trataba de un torpedo aéreo, un misil aire-aire, dirigido contra los cazas de despegue vertical con mortífera precisión. El misil no tenía blanco elegido. Se limitaba, simplemente a ir en su busca con inexorable acierto. Los *Harrier* no podían eludir el impacto.

Un segundo caza se hizo añicos en medio de una formidable explosión, y sus trozos se dispersaron en el azul, mientras su cabina era una auténtica bola de fuego en la que se consumieron sin duda sus pilotos.

La batalla aérea terminó ahí mismo. El tercer *Harrier*, tras dirigir una oleada de proyectiles contra el solitario luchador aéreo, que los eludió

limpiamente, optó por la retirada, perdiéndose a velocidad impresionante en las alturas, de regreso hacia el sur. La feroz contienda aérea había concluido apenas empezada.

Percy Cole esperó con su mano en el pulsador de su ametralladora, sin saber qué hacer. Enfrentarse a un enemigo provisto de misiles aéreos era un disparate. Además, fuese amigo o enemigo, le había librado de dos adversarios que le mantenían secuestrado. Faltaba saber cuál sería ahora su suerte, una vez liberado de esos misteriosos aviones.

No tardó en tener sobrada respuesta a ese punto. El receptor de radio hizo señales de comunicación. Conectó de inmediato. Una voz serena, fría y calmosa, le habló desde la cabina del reactor triunfante:

—No tiene ya nada que temer. Sígame en su vuelo, se lo ruego. No es a viva fuerza esta vez. Les he librado de sus raptores. Pero necesitan ir a sitio seguro, y sólo yo conozco ese sitio. No deje de seguir mi misma ruta. Se lo aconsejo.

—Está bien —afirmó Cole, que parecía de acuerdo en principio con su misterioso comunicante—. Le sigo. ¿Vamos muy lejos?

—Sí, bastante lejos. Hemos de cruzar la zona oeste de Nepal, bordeando la frontera con Bangla Desh. Pero no vamos a ninguno de esos dos países, sino a un tercero situado al norte de ambos, en las mismas puertas del Tibet y a escasa distancia del río Brahmaputra.

—¡Bhutan! —musitó Cole.

—Eso es: Bhutan. El llamado Imperio del Dragón…

* * *

—Creo que empieza a ser hora de que cuenten ustedes toda la verdad, señores.

Scott Sothern se agitó, inquieto, mirándole con cara de pocos amigos.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —protestó—. Hemos pagado nuestro viaje, ¿no?

—Sí, lo han pagado. Pero me han mentido y, por culpa suya, me he metido en un buen lío. Llevo un cargamento de armas que puede costarme el pellejo si lo descubren las autoridades hindúes, y he sido secuestrado por unos tipos de los que no sé nada. Ahora, me veo obligado a seguir a otro misterioso avión con destino a Bhutan, un pequeño país en las fronteras tibetanas, sin saber por qué ni para qué. ¿Y aún pregunta usted si, habiendo pagado su pasaje, tiene obligación

de hablar?

—El señor Cole tiene toda la razón —terció suavemente su bella hermana. Miró a Percy con sus radiantes ojos, que el sol tornaba ahora de un ambarino resplandeciente—. Debe disculparnos por haberle mentido en un principio. No deseábamos en absoluto ir a Lahore, sino a Bhutan. Pero no nos atrevíamos a decirlo antes de tiempo.

—Y pensaron que por el camino ya aparecería alguien que nos desviara de la ruta, ¿no es cierto, señorita Sothern?

—No, no es cierto —negó ella, rotunda—. No podía pensar que os raptarían, si se refiere a eso, señor Cole. Esperábamos que, ya en el norte de la India, una nueva suma más importante le convenciera para ir a Bhutan, aunque fuese después de dejar su carga en el Punjab, ¿comprende? Usted mismo admitió que todo tiene un precio…

—Eso es cierto. Yo me vendo siempre al mejor postor, no tengo preferencias por nadie ni tomo partido por nada. Pero no debieron mentirme. ¿Quiénes eran los que nos raptaron, en tal caso?

—Los servidores del Señor de la Muerte —suspiró roncamente su hermano Scott.

Cole arqueó sus cejas, mirando a ambos pensativo. El helicóptero plateado ronroneaba perezosamente en la tarde, sobrevolando las montañas del norte de la India, ya en la frontera nepalí. El cielo en la distancia aparecía cargado de blancas nubes que parecía rivalizar en albura con las cumbres nevadas de las cordilleras indias, antesala de las gélidas alturas del colosal Himalaya. Seguían en todo momento al reactor armado con misiles, mientras el piloto automático mantenía la ruta inamovible, en dirección nornoroeste.

—Los servidores del Señor de la Muerte… —recitó Cole perplejo—. Que yo sepa, los servidores de esa divinidad tibetana son los propios lamas y monjes budistas. Y no usan aviones *Harrier* ni organizaciones criminales armadas para rendir culto a su deidad, señor Sothern.

—No me refiero a la divinidad en sí. Existe *otro* Señor de la Muerte. Se le llama también de dos formas más: el Dragón Dorado… o el Amo de los Siete Ídolos.

—Nombres muy propios de la mentalidad tibetana y lamaísta —admitió Cole chascando su lengua. Desvió la mirada dura hacia Marla Sothern—, ¿Qué significa ese dragón de oro que me mostró antes? Porque juraría que es de oro puro…

—Así es —asintió ella, extrayéndolo de nuevo de su bolso—. Oro de veintidós kilates, señor Cole. Macizo y puro. Vale una fortuna. Sus ojos

son dos rubíes. Pero simboliza la muerte cierta para quien lo posea.

—Usted no parece asustada por poseerlo. ¿Eso es simple leyenda o superstición?

—No, no lo es. Sólo que estoy resignada. Por eso hacemos este viaje: quiero luchar contra la maldición, enfrentar me al Dragón Dorado en su propia madriguera, si es posible. Cualquier cosa menos cruzarme de brazos y esperar la muerte. Somos ricos, señor Cole. Lo bastante ricos para poner toda nuestra fortuna en esta lucha por salvar nuestras vidas.

—¿Y este viaje significa esa salvación? —dudó Percy.

—Podría significarla, sí. Pero no es seguro. Nada hay seguro cuando uno se enfrenta al Señor de la Muerte.

—Pero ¿qué o quién es ese Señor de la Muerte de que tanto hablan?

—Eso nadie lo sabe —suspiró Scott Sothern—. Nuestro padre intentó desvelar el misterio. Fue un error por su parte. El y su socio. Cy Tyrone, se atrevieron a desafiar el gran secreto, se adentraron en el norte de Bhutan, al pie del Himalaya, en busca del Templo Maldito.

—¿El Templo Maldito?

—Sí. Es el Templo de los Siete Ídolos. El santuario de la muerte, la madriguera del propio Señor de la Muerte. Un ser todopoderoso, que posee fuerzas sobrenaturales a su servicio, que domina lo terreno y lo divino, lo bueno y lo malo a su antojo. Un poder como sólo se puede hallar en lo más hermético y escondido del Tibet. Dueño de una fortuna inmensa, inagotable, poseedor de tesoros fabulosos, el Señor de la Muerte, o el Dragón Dorado, como le llaman con terror supersticioso incluso los propios lamas y los nativos de Bhutan o del Tibet, puede llegar a dominar el mundo si se lo propone. Y me temo que está tan loco que es, precisamente, lo que pretende. Esos *Harrier* cuyo elevado coste y dificultad en poseer citaba usted antes eran suyos. Los pilotos y el personal armado de aquel aeródromo clandestino suyos eran y él los paga a través de sus intermediarios.

—Empiezo a entender. Lo que antes era una simple divinidad se está convirtiendo en un poder fáctico a escala mundial.

—Algo así. El Dragón Dorado ha debido perder la razón o ambicionar demasiado — musitó Marla Sothern amargamente—. Mi padre lo descubrió. Porque voy a decirle algo que usted ignora: nuestro padre, Wayne Sothern, además de ser un hombre inmensamente rico, poseía una decisión muy especial: era historiador, científico, y asesor personal del Presidente de los Estados Unidos en ciertas materias, como la política asiática y el conocimiento de los pueblos más complejos de la

Tierra. En cierto modo, cumplía una misión determinada cuando se vino hacia el Tibet con su socio Cy Tyrone, también miembro de los Servicios de Inteligencia del Gobierno Federal de Washington. ¿Va dándose exacta cuenta de la magnitud del asunto?

—Sí. Si ahora dicen verdad, es algo que sobrepasa los límites de mis escasas posibilidades —resopló Percy, anona dado—, ¿Tuvieron que alquilar mi helicóptero para su viaje, poseyendo tales recursos y medios?

—Debíamos hacerlo de un modo casi clandestino, compréndalo. Usted, un piloto inglés renegado, apátrida y cínico, era nuestro mejor recurso. Desgraciadamente, ellos lo supieron. Los siervos del Dragón Dorado se enteraron, porque tienen ojos y oídos en todas partes. Y su vida peligró a partir de ese momento.

—Y trataron de matarme dos veces en Port Blair. Luego, llegó el secuestro.

—Y después la liberación —suspiró Scott Sothern en ese punto.

—¿Liberación? No sé, no estoy tan seguro —Cole sacudió la cabeza —. ¿Quién puede ser el que derribó dos de los *Harrier* y nos lleva ahora a Bhutan? Parece amigo, pero después de lo que ustedes me cuentan, no me fío demasiado…

—Tiene que ser un amigo, o no hubiera intervenido —dijo Marla con energía—. Tal vez algún aliado de nuestro padre. Alguien que quizá pueda explicarnos el misterio que rodeó la desaparición de él y de su socio Tyrone en las montañas al norte de Bhutan, cuando parece ser que estaban a punto de encontrar el Templo de los Siete Ídolos y, en él, al siniestro amo y señor de la muerte.

—¿No saben cómo sucedió todo, por qué desaparecieron ambos?

—No, no lo sabemos —negó Marla con gesto sombrío. Alzó el dorado dragón entre sus dedos—. Sólo sabemos que estaba muy cerca de su objetivo. Tal vez les asesinaron a ambos, no podemos saberlo. O quizá estén prisioneros en algún oculto reducto tibetano. Lo único cierto es que, desde una estafeta postal de una pequeña ciudad al norte de Bhutan, llamada Laya, nos llegó a Nueva York esta estatuilla de oro, cuidadosamente embalada por mi padre, con un breve mensaje manuscrito adjunto, en el que decía tan sólo estas pocas palabras: «Estoy cerca del Dragón Dorado. Creo que he descubierto algo increíble, pavoroso, que podría aterrorizar al mundo entero. Estamos ante una verdadera amenaza mundial, ante un ser que es mitad dios, mitad hombre, capaz de todo por el poder. Esta estatuilla que te envío, es su

símbolo de muerte y lo he recibido personalmente. Guárdala, porque puede ser un día la revelación que necesitamos.» Eso era todo cuanto decía.

—¿Era su letra realmente?

—Sí, era su letra. Grabé en mi memoria sus palabras y guardé conmigo el dragón. Ahora pienso que, realmente, quien posee este dragón está sentenciado por ese monstruoso dios tibetano hecho hombre. Pero no me asusta, porque mi padre me lo envió.

—Y, según dijo, «un día puede ser la revelación que necesitan» —recitó Cole pensativo—. ¿Esa frase tiene algún sentido especial para ustedes?

—No, ninguno —confesó Scott Sothern con disgusto—. Pero Marla y yo hemos decidido buscar a nuestro padre, cueste lo que cueste, saber qué es lo que estaba a punto de descubrir, y qué amenaza terrible contra el mundo se esconde en las cumbres del Himalaya.

—Y me metieron a mí en su loca aventura —rezongó con sarcasmo Cole—. Magnífico, amigos. Les felicito por su elección.

Marla alargó su brazo y, de modo impulsivo, apretó con sus dedos la muñeca de Percy, mirándole casi afectuosa. Su tono de voz susurrante y dulce, le consoló:

—Lo siento de veras, Cole. Lamento haberle complicado en el asunto. Pero si estamos en manos de un amigo, podrá salir de todo esto apenas lleguemos a Bhutan. No quiero complicarle la vida con nuestros problemas personales. Después de todo, a usted lo mismo le da lo que pueda suceder en el futuro, nada en este mundo le preocupa lo suficiente para sentirse capaz de luchar por ningún país ni por ninguna persona. ¿Cierto?

—Muy cierto —asintió Percy—, No tengo patria ni ideología que me haga arriesgar la vida por ellas. No creo en nada, salvo en Dios y en mí mismo. El bien y el mal me son indiferentes mientras no me afecten directamente a mí.

—El Mal es ahora el Señor de la Muerte o el Dragón Dorado —suspiró Marla tristemente—. Ha caído sobre mi padre, sobre Cy Tyrone, ahora sobre nosotros tal vez. Pero eso es sólo el principio. Si los temores de mi padre eran ciertos, esa divinidad misteriosa proyecta ser dueña del mundo, llegar a dominarlo todo en un futuro inmediato. De qué pueda valerse para ello, lo ignoramos. Pero hemos tenido ya una evidencia de que no es una simple alucinación o una sospecha demencial. Usted mismo lo dijo: hace falta mucha organización, muchos

medios, para disponer de aviones Harrier, aeródromos desperdigados por toda la India y cosas así…

—En efecto, señorita Sothern. Admito que dije eso. Su Señor de la Muerte debe de ser realmente poderoso, si él maneja los hilos de toda esta trama, pero dudo mucho de su carácter divino, y sospecho más bien que es en todo un simple ser humano, por poderoso que sea y por muchas que sean las fuerzas materiales o esotéricas que domine a voluntad.

—¿Cree que es sólo un hombre y no un dios? —indagó Scott.

—Sinceramente sí. Los dioses sólo existen en la leyenda, y sé reducen a reinar en un hipotético mundo inmaterial, señor Sothern. Por lo que estoy viendo, el Dragón Dorado podrá embaucar a la gente sencilla de Bhutan o del Tibet con su apariencia divina, pero estoy seguro que tras toda esa farsa de cariz religioso se oculta simplemente la ambición desmedida de un ser humano, tal vez de un mesiánico o de un simple loco.

—Hombre o Dios, es un ser temible —sentenció Marla con un suspiro—. Y aunque ahora tengamos un aliado en el hombre que conduce ese avión, no hay duda de que seguimos bajo la sombra de su amenaza mortal. Y cuanto más cerca estemos de su reino, más grave y terrible será esa amenaza.

Cole se encogió de hombros, regresando a los mandos del helicóptero cuando advirtió que sobrevolaban ya las montañas de la divisoria entre Nepal y Bhutan, y el avión que les servía de guía iniciaba una maniobra amplia, trazando una curva en dirección noroeste.

—Ya se ve tierra de Bhutan —anunció a sus pasajeros—. Creo que estamos cerca de nuestro punto de destino…

Así era. Tras sobrevolar unas montañas nevadas, unos profundos valles cuajados de vegetación y unas cuantas aldeas dispersas entre plantaciones de arroz, mijo, maíz, cebada y patatas, el avión a reacción enfiló una planicie elevada, entre altas cumbres blanqueadas por la nieve, rebasó los tejados de una pagoda de rojas tejas e ingenuos dragones, y tomó tierra con pericia, acabando por detenerse.

Cole le siguió sin dificultades, dadas las características de su aparato, se posó mansamente a poca distancia del otro aparato, y tras tomar una pistola automática, que guardó bajo su cazadora cerrando luego la cremallera de ésta, saltó a tierra, indicando a sus pasajeros que podían imitarle.

Respiró el seco, cortante aire helado de la elevada meseta donde se

hallaban. A su alrededor, el paisaje tenía mucho de las míticas latitudes de los *Horizontes Perdidos* de Hilton, con sus crestas eternamente nevadas recortándose en la distancia, las hondonadas profundas y angostas entre montañas abruptas, el cielo de un helado azul límpido y las edificaciones distantes, en su mayoría de madera o de piedra blanquea da, con sus pintorescos tejados típicamente orientales.

Del avión descendieron dos hombres en ese momento. Cole les miró con curiosidad. Uno era tibetano, sin lugar a dudas, a juzgar por los rasgos oblicuos de su cara aceitunada, y se cubría con una pelliza de pieles y un gorro de igual material, con orejeras. Tras él, el otro ocupante del aparato resultó ser un occidental de piel blanca y rasgos sajones, cabello castaño con algunas canas, y gesto cordial. Caminó hacia ellos, con su mano extendida y una amplia sonrisa en su rostro ancho y cuadrangular, donde brillaban unos sagaces ojos grises.

—Bien venidos a Bhutan, Imperio del Dragón —anunció con voz potente y clara—. Permitan que me presente, señores. Soy Harry Gorman, especialista en asuntos asiáticos del Gobierno de los Estados Unidos, y trabajo para la CIA en este asunto. Debo añadir que fui un buen amigo de Wayne Sothern y de su compañero y amigo. Cy Tyrone.

Marla le estrechó la mano con gesto emocionado. Scott, sin embargo, miraba al hombre con cierto recelo todavía. El americano llamó al asiático a su lado y añadió:

—Les presento a un leal camarada mío, llamado Karma. Es guía, conoce estas regiones al dedillo, y fue el último hombre, según imagino, que vio con vida a su padre y a Cy Tyrone, señorita Sothern.

El oriental les sonrió ceremonioso y se expresó en un inglés correcto, de fuerte acento tibetano:

—Es un placer, señores. Ciertamente, puede que yo fuese el último en ver al señor Sothern y al señor Tyrone… excepto los siervos del Señor de la Muerte, naturalmente.

En ese punto, algo sucedió en la planicie donde se hallaban reunidos tras tomar tierra con los aparatos.

De una cercana edificación de piedra encalada, con adornos y artesonado de madera lacada bajo la techumbre típica mente plana de aquellas regiones, surgieron tres personas provistas de armas automáticas.

Eran todas ellas nativas de la región, a juzgar por sus facciones, y vestían indumentarias de pieles gruesas contra el gélido clima reinante. En sus enguantadas manos, lucían modernas metralletas asestadas

contra ellos.

—¡No se muevan! —ordenó una áspera voz—. ¡No lo hagan o morirán todos!

—Cielos, no —se quejó Cole—. ¿Otra vez? Sospecho que hemos caído nuevamente en poder del Señor de la Muerte…

CAPÍTULO V
EL SEÑOR DE LA MUERTE

Los tres se aproximaron al helicóptero, cubriendo perfectamente con sus armas a los cinco sin posibilidad alguna de reacción. Antes de que Cole o cualquiera de los demás intentaran algo efectivo, aquellas metralletas modernas y rápidas les convertirían en auténticas cribas.

Los rostros orientales, herméticos y sardónicamente risueños, no reflejaban emoción alguna. Incluso parecían desear una reacción que les permitiera convertir el campo de aterrizaje en un matadero. Pero ninguno les dio esa oportunidad.

—Levanten sus brazos bien altos —avisó sibilante el que capitaneaba al trío—, Y no intenten ninguna jugarreta. No resultaría. Están en poder del Señor de la Muerte, y él no perdona.

Percy cambió una mirada de irritación con los Sothern y con Harry Gorman, el hombre de la CIA. No le gustaba sentirse prisionero a cada momento, ya fuese en tierra o en el aire. Pero ése parecía ser su fatal destino desde hacía poco tiempo.

—Mirad —dijo otro de los nativos armados, señalando al blanco edificio—. Ahí está el Señor de la Muerte en persona…

Percy Cole y los demás dirigieron su sorprendida mirada hacia la edificación, sin saber exactamente lo que iban a presenciar. La aparición en la puerta de la blanca casa les dejó petrificados.

Era un personaje grotesco. Hubiera resultado casi cómico en pleno Chinatown o en un festejo de las calle de Hong Kong o Pekín, pensó Cole para sí. Pero en aquellas circunstancias, su estrafalaria presencia tenía algo de siniestro, de macabro y terrible.

Lo primero que vio fue una dorada máscara representando el espantable rostro de un mítico dragón chino. Aquella rígida máscara de ojos saltones y boca monstruosa podía estar modelada en plástico, en madera o en oro puro, era imposible descubrirlo a aquella distancia.

Encima de la carátula del dragón, se alzaba como una diadema o corona, un rostro escarlata, redondo, de fauces abiertas, nariz abultada y ojos redondos, con una orla de cinco calaveras en su cabeza. Era una rara mescolanza del símbolo mítico del dragón con la faz roja del llamado Señor de la Muerte de Bhutan y del Tibet, junto con las cinco calaveras que simbolizaban la Muerte y sus tenebrosas deidades de las sombras, o simbologías infernales.

—Siete símbolos —musitó Cole—. Cinco calaveras, el Señor de la Muerte y el Dragón Dorado… Siete ídolos del Mal y del Infierno… No puede ser casualidad.

La figura fantástica se cubría de cuello a pies con una larga túnica escarlata, orlada de oro, repleta de máscaras mortuorias y calaveras doradas. Sus manos enguantadas desaparecían bajo las amplias mangas de aquella túnica o ropa je de seda brillante. Debía usar zancos o cosa parecida, a menos que fuese realmente tan alto como un *watusi* africano, pensó Cole, al calcular a aquel espantajo siniestro no menos de dos metros quince de estatura. Se movía con cierta dificultad y parsimonia, pero alzó su brazo y señaló hacia ellos con un índice acusador, sin pronunciar palabra.

Sus esbirros parecieron entenderle, pese a su mutismo. Sonrieron, se miraron entre sí y accionaron los cerrojos de sus armas. Era evidente que pensaban abrir fuego sobre ellos o, como mínimo, sobre *algunos* de ellos.

—Es la palabra del Señor de la Muerte —sentenció uno—, Varios de vosotros debéis morir ahora mismo…

Cole intuyó que esos «varios» abarcaban a su persona, al hombre de la CIA, Harry Gorman, y al guía Karma. Las armas no apuntaban en absoluto a los hermanos Sothern.

Todo ello sucedía al pie de la portezuela de acceso a la cabina de piloto del helicóptero. En ningún momento trató el enmascarado de oro de aproximarse a ellos para nada. Era obvio que dejaba tan rutinaria tarea a sus fieles esbirros.

Nunca supo lo que hubiera podido suceder de desarrollarse los acontecimientos tal y como estaba previsto. Una aparición sorprendente y dramática alteró la situación de forma radical.

La forma reptante saltó desde el interior del helicóptero, sobre uno de los hombres de raza oriental armados de fusiles ametralladores. Le cayó encima, sibilante, y el hombre lanzó un alarido, lleno de pavor, al ver justo encima de su rostro la faz maligna de una serpiente cobra

altamente venenosa.

—¡Aaagh! —aulló, soltando su arma, dominado por el pánico—. ¡La serpiente, no! ¡No, no, por todos los dioses!

La inesperada presencia del reptil sobre el asaltante lo conmocionó todo. Uno de los compinches del asiático vaciló, tardando en alzar su arma. Cuando lo hizo, Cole había aprovechado ya el fugaz momento de sorpresa, sacando con celeridad su automática de debajo de la cazadora. Llameó en sus menos, apuntando al tirador.

Este exhaló un grito ronco, dio un salto atrás, disparándosele la metralleta hacia el cielo, y se dobló luego, con el pecho ensangrentado y los ojos vidriosos. El que había recibido el ataque del reptil, corría a la desesperada, mientras la cobra, con su diabólica agilidad, brincaba ya hacia los brazos del tercer oriental armado.

Desde la puerta de la cabina, alguien disparó también, cuando éste intentaba apretar el gatillo apuntando a la cabeza de la serpiente. De sus manos escapó la metralleta, y Cole disparó de nuevo, rematando al herido antes de que pudiera intentar la recuperación de su arma, cosa que parecía intentar pese a tener rotos los dedos de su mano derecha por el providencial disparo llegado del interior del helicóptero.

Mientras veía caer al segundo oriental, Cole giró la cabeza hacia la cabina y exclamó, asombrado, al ver a la persona autora del primer disparo:

—¡May! ¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Cómo estás a bordo con «Vicky»?

—Subí sin tú saberlo en Port Blair aquella madrugada —explicó ella —. Luego, todo se complicó al salir de Madrás, y no me atreví a salir de la cabina de carga… «Vicky» y yo hemos pasado bastante hambre y sed allá atrás, sin contar las estrecheces y sobresaltos. Pero esta vez, creí llegado el momento de intervenir…

Cole no pudo responderle en ese momento. Advirtió que el fantasmón de máscara dorada corría a meterse de nuevo dentro del edificio, y que hacia allá corría asimismo el tercer nativo, lleno de terror ante la presencia de la cobra, que él ignoraba estuviese vaciada de veneno.

—¡Alto! ¡Alto o te vuelo la cabeza! —rugió Cole, disparando muy cerca del que huía.

Pero éste, en vez de detenerse, presa de su pánico actual, penetró como una exhalación en el edificio blanco, tras de su enmascarado patrón, cerrándose tras ellos la pesada puerta de madera claveteada.

—Ese edificio es sólo un almacén de material para reparación y atención de aviones que se posen en esta altiplanicie —explicó Gorman excitado—. No creo que tengan salida posible de ahí, Cole…

—Bien, eso vamos a verlo enseguida —dirigió una mirada ceñuda a May, la pelirroja cantante del Bengala Bar y corrió pistola en mano hacia la casa encalada, no sin que «Vicky», juguetonamente, y al parecer feliz por estar de nuevo junto a su antiguo dueño, saltara sobre su brazo ahora, enroscándose cariñosamente a él, ante el horror y sorpresa de los Sothern, el propio Gorman y, naturalmente, el supersticioso tibetano Karma, el guía.

Pero antes de alcanzar la puerta cerrada, el Señor de la Muerte demostró que su poder no era simple efectismo teatral ni superchería. De súbito, el plano techo del edificio des tinado a almacén, saltó en pedazos abriéndose en él un enorme boquete, por el que brotó, en medio de un sonido sibilante ensordecedor una especie de proyectil que ganó rápidamente altura en sentido vertical, como si fuese un cohete propulsado a la estratosfera en alguna base espacial. Ciertamente, forma de cohete tenía el artefacto, de vivo color escarlata, que centelleó a la luz del sol y se perdió en las blancas nubes, sobre las montañas nevadas del Tibet, dejando tras de sí una estela de humo y chispas, para asombro de todos.

—¡Que me ahorquen si ese tipo no ha huido de ese edificio a bordo de semejante proyectil ultrasónico! —jadeó Percy Cole, desconcertado, parándose en seco, mientras «Vicky» mostraba su bífida lengua en un sibilante ademán de irritación por el ruido que produjera la extraña nave.

—¿Cómo pudo tener ahí dentro un cohete así? —se extrañó Gorman —, Yo revisé hace poco ese almacén sin encontrar nada raro en él…

—No sé lo que ha sucedido, pero es obvio que ese fantasmón de carátula dorada nos acaba de hacer una clara demostración de su poder y sus recursos —comentó Percy sacudiendo la cabeza—. No sólo posee flotillas de aviones *Harrier* último modelo, aeródromos en suelo indio y numerosos esbirros leales y bien armados, sino que tiene en su poder artefactos ultrasónicos de gran potencia, capaces de elevarse instantáneamente, sin apenas espacio ni volumen de combustible. Empiezo a considerar muy seriamente la capacidad de ese individuo, sea hombre o dios.

—La nave era escarlata… —musitó Karma el guía—. Como la peste…

—¿Peste? ¿Escarlata? ¿Qué es eso? —indagó Cole, volviéndose al guía tibetano.

—¿No lo saben? —musitó Karma con gesto supersticioso—. Es la enfermedad que adquirieron el señor Sothern y el señor Tyrone antes de desaparecer para siempre en las cumbres de la frontera del Tibet…

Cole no dijo nada. Acariciaba pensativamente la cabeza aplastada y ominosa de «Vicky», su fiel amiga escamosa, mientras escuchaba a Karma con la misma sobrecogida atención con que lo hacían los hermanos Sothern, Harry Gorman y, por supuesto, la pelirroja May, inesperada viajera polizón a bordo del «Birdie».

* * *

El *arra* fue vertido casi ceremoniosamente en las copas de arcilla. El *arra* no era otra cosa que un rudo y áspero aguardiente hecho de maíz, trigo y arroz, muy apreciado por las gentes del pequeño, pintoresco y casi mágico reino de Bhutan.

Los invitados a la reunión bajo la techumbre de aquel templo, mitad monasterio mitad edificación administrativa de Punakha, ciudad muy al norte de Bhutan, cercana ya a las cumbres nevadas que formaban la cadena natural y fronteriza entre el llamado Imperio del Dragón y el mítico Tibet ahora dominado por China.

El anfitrión que ofrecía el aguardiente local no era otro que el lama Yobsang Yatt, religioso y administrador político de la ciudad. Sus anfitriones, un heterogéneo grupo formado por Percy Cole, los hermanos Sothern, Harry Gorman y el guía Karma, y finalmente Mayra West, más conocida simple mente como May allí donde actuaba como cantante de cafetín, y la silenciosa e impávida cobra «Vicky», adormilada aparentemente sobre las rodillas de Cole.

—Bien, señores —habló apaciblemente el lama Yobsang Yatt con un correcto inglés algo lento y dulzón—. Les agradezco su visita a mí humilde morada, así como aceptar mi invitación para tomar *arra*. Después tomaremos té bhutanés, sopa y carne de *yakk que* es nuestra comida tradicional. Y. sobre todo, hablaremos de mi viejo y querido amigo Wayne Sothern, desaparecido en su último viaje al Tibet, así como de ese hombre dios que tanto parece interesarle a ustedes: el Señor de la Muerte…

El lama se expresaba afablemente, con una vaga sonrisa cortés en su rostro impenetrable, bajo su rapado cráneo, y envuelto en su túnica rojiza con místico recogimiento. Todos le escuchaban atentamente,

mientras afuera sonaban instrumentos musicales primitivos y deliciosos, tañidos por alumnos neófitos de los lamas y su budismo tántrico. En la distancia, las cumbres nevadas eran un dentado paisaje recortándose contra el azul plagado de nubes blancas.

—De modo que mi padre estuvo aquí antes de emprender el último viaje… —musitó Marla.

—Así es, señorita. Siempre fuimos buenos amigos los dos. Esta vez le acompañaba un amigo suyo, Cy Tyrone, un hombre muy entendido en asuntos de nuestro país y de todo el Tibet.

—Y agente de los servicios de Inteligencia de mi país —añadió Gorman, pensativo.

—Sí, eso creo —sonrió amablemente el lama asintiendo—. Ambos buscaban lo mismo: una amenaza contra el mundo que parecía existir en el corazón del Tibet, y que ya los chinos, nuestros nuevos vecinos, habían creído detectar tiempo atrás, sin confirmación oficial alguna.

—De modo que también China se preocupa por el Señor de la Muerte… —apuntó Scott Sothern, ceñudo.

—Por supuesto. Nosotros, en Bhutan, mantenemos buenas relaciones con China y la India, no nos metemos en sus asuntos y vivimos en paz. Desde que el Tibet fue dominado por China, las cosas han sido algo más difíciles, pero todo se ha solventado bien. Un agente de Pekín estuvo un día en Punakha. Habló del Dragón Dorado y su posible peligro para el mundo actual, ya fuese la civilización occidental o la oriental. Según ese agente chino, era posible según sus investigaciones, que un hombre semidiós, oculto en el

Himalaya, poseyera algo, una fuerza poco común, capaz de darle un día la hegemonía mundial.

—¿A qué fuerza se refiere? —quiso saber Cole, lleno de curiosidad —. ¿Alguna forma de energía, posiblemente?

—Es usted muy astuto, señor —sonrió el lama Yatt mirándole—. Sí, una especie de fuente de energía que existiría en un punto concreto del Tibet y estaría en poder del llamado Señor de la Muerte. Personalmente, no creo que se trate de ningún dios ni divinidad sagrada, sino de un simple farsante que se aprovecha de supersticiones y creencias para su propio beneficio. Pero que tal vez, posea esa energía desconocida que citó el visitante de Pekín.

—¿Qué clase de energía? —demandó Gorman—. ¿Nuclear? ¿Tal vez uranio o plutonio?

—Tal vez —Yatt se encogió de hombros. Su rostro rugoso y cobrizo

no reflejó nada en absoluto. Sus ojos almendrados eran dos enigmas brillantes—. No entiendo mucho de esas cosas, señor Gorman. Pero el chino dio a entender que podía ser *otra cosa.*

—Otra energía que no fuese la nuclear… —dudó Scott—, ¿Existe realmente?

—¿Por qué no? —sentenció el lama—. Existen muchas cosas en el mundo que ninguno dominamos aún. El chino dijo que había gente enferma últimamente en el Tibet. Una rara enfermedad la suya, una especie de epidemia incurable. La gente se volvía de color rojo…

—¡La peste escarlata! —jadeó Karma, impresionado.

Los ojos del lama buscaron los de su compatriota. Se encogió de hombros otra vez.

—Así la llaman algunos —confirmó—. Peste escarlata.

—El señor Sothern y el señor Tyrone la adquirieron —gimió Karma —. Yo les vi con las manchas rojas en la piel, les vi con fiebre, con náuseas y dolores… Vomitaban a veces. Sus medicinas no les ayudaban mucho. Parecían como quemados… Luego insistieron en seguir adelante hacia la luz roja… y desaparecieron.

—¿Qué luz roja? —preguntó rápidamente Marla, mirando al guía tibetano.

—El resplandor de las montañas —recitó Karma, con gesto de supersticioso temor—. Yo sabía que era malo. La luz del diablo, de la muerte… Pero ellos insistieron en ir. Y nunca volvieron. Nunca…

—¿Dónde viste esa luz, Karma? —preguntó suavemente el lama.

—Lejos. Más allá de la frontera… Cerca del Nido del Dragón…

—¿Qué significa eso de «Nido del Dragón»? —quiso saber Scott Sothern ahora.

—Yo se lo explicaré, señor —respondió suavemente el lama—. Existe una región cercana a Bhutan en el Himalaya, donde se halla el Nido del Dragón, como le llamamos todos en esta región del mundo. Del mismo modo que existe aquí, en Bhututan, la cumbre llamada el Nido del Tigre, donde se alza nuestro monasterio supremo, centro de nuestra fe que nosotros llamamos Taksang. Fue un monasterio budista fundado por Padma Sambhava en el siglo VIII de la era cristiana, que dicen ustedes[3]… Pues bien, existe otro Nido, el del Dragón, ya en suelo tibetano, donde la tradición sitúa al mítico y antiguo Señor de la Muerte y su Templo de los Siete Ídolos, desde donde debe llegar el fin del mundo… o el principio de otro mundo mejor, según la leyenda. Pero da la casualidad de que todo acceso posible a ese Nido del Dragón está

cerrado por los ventisqueros y los glaciares eternos, y nadie pudo llegar jamás a él para comprobar si, realmente, hay allí algún templo o todo se reduce a una simple historia legendaria o un mito perdido en la noche de los tiempos.

—¿Y es ahí donde se ve ese resplandor escarlata?

—Sí. De allí surge esa luz desde hace años, sin que nadie sepa a qué se debe. Es como un fuego en la nieve, un fulgor que surge de los ventisqueros, para sorpresa y desconcierto del viajero. Pero también ese punto es inaccesible, ya que a menos de media milla de ese resplandor, todo camino se corta, surge el abismo insondable, y los helados muros, como cristal liso, se extienden por doquier sin posibilidad de acceso humano.

—¿Es ahí adonde intentaron llegar Wayne Sothern y Cy Tyrone?

—Así es —afirmó Karma—. Me hicieron quedar en el campamento y salieron ellos solos, buscando un camino que estaban seguros existía en alguna parte. Nunca debieron hallarlo. El abismo los debió tragar, enfermos como estaban con esa fiebre del diablo. Y si dieron con el camino, éste les llevó a su perdición final.

—Podrían estar vivos en alguna parte… incluso prisioneros del Señor de la Muerte, si realmente tiene su morada oculta en el Nido del Dragón —apuntó Harry Gorman.

—Yo quisiera saber si mi padre vive o no —dijo con énfasis Marla Sothern en ese punto—. ¿Cómo podría saberlo, señor?

El lama movió la cabeza pensativo, mirando con simpatía a la joven viajera. Luego dijo con calma:

—No albergue demasiadas esperanzas, señorita. Poca gente ha sobrevivido en esas montañas, y menos aún si nunca más fueron vistas. Las leyendas sobre monasterios y ciudades maravillosas ocultas en esas cumbres son sólo eso, leyendas, aunque creo que hubo occidentales como ustedes que crearon incluso obras literarias sobre esa fantasía… No sueñe con ello, lamentablemente. Puede ser que nunca más vea a su padre.

—Pero él me envió una especie de mensaje… —gimió la joven, hurgando en su amplio bolso de viaje—. Ese mensaje es una figura de oro puro que obtuvo en alguna parte… ¿Puede significar que existe, realmente, ese templo misterioso, y que mi padre quiso decirme algo al mandarme ese objeto?

Puso sobre la mesa el dragón de oro con ojos de rubíes.

Ocurrió algo sorprendente. El lama Yobsang Yatt se incorporó casi

violentamente, mirando con ojos dilatados la hermosa pieza de oro macizo. Derribó su copa de *arra* a causa del brusco movimiento.

—Oh, no… —jadeó—. No es posible… Ese dragón… ¡Ese mismo dragón, según la leyenda, es uno de los Siete Ídolos del Templo del Nido del Dragón!

CAPÍTULO VI
PESTE ESCARLATA

La noche era glacial, con un cielo despejado, donde las estrellas rutilaban como diamantes dispersos sobre un negro terciopelo. El fulgor de esos astros daba un resplandor difuso y cristalino a las lejanas cumbres tibetanas —no tan lejanas como parecían estarlo, en realidad —, allá a lo lejos, tras las cadenas montañosas cubiertas de vegetación que formaban los límites naturales de Bhutan, el Imperio del Dragón.

La ciudad de Punakha dormía a pies del templo y centro administrativo donde se alojaban los viajeros por deferencia hospitalaria del lama Yobsang Yatt. Percy Cole, asomado a una barandilla de la estrecha galería o balcón al que asomaban las puertas de los dormitorios de los huéspedes del lama, contemplaba sus tejadillos planos, dispuestos así para soportar los rigores climáticos de la región. Al respirar, el vaho formaba nubes brotando de entre sus labios. Las pieles de su indumentaria le protegían del gélido aire de la noche.

May salió de su propia alcoba y se aproximó a él, acodándose también en la barandilla.

Suspiró, contemplando la población silenciosa, oscura y en calma.

—¿Qué va a ocurrir ahora, Percy? —musitó.

—No lo sé, May —confesó él—. Vamos a intentar encontrar ese templo. Y al padre de los Sothern, eso es cuanto sabemos.

—¿Crees que debes correr ese riesgo? Nadie de los que buscaron ese templo maldito ha vuelto con vida…

—Ellos pagan, May. Por dinero hago siempre lo que sea, tú lo sabes. Además, existen otros motivos en este caso.

—¿Tal vez la hermosa Marla Sothern? —preguntó con tono ácido la pelirroja joven.

—¿Marla? —se volvió a contemplar el perfil de su compañera—. ¿Por qué dices eso?

—Ella es muy bella. Y rica. He visto cómo te miraba. Admira tu valor, tu apostura. Creo que está loca por ti.

—Tonterías —rió Cole entre dientes—. No me digas que sientes celos ahora.

—Pues sí —se volvió a él con lágrimas cuajadas en sus ojos azules—. Siento celos. Yo también te quiero, Percy. Por eso te seguí a bordo del helicóptero. Algo me decía que ibas a correr peligros serios. Temía perderte.

—Eso fue una locura. Pero ya está hecha. May, te dije que lo nuestro no podía ser duradero… Debiste seguir tu camino y yo el mío. Sabes que no estoy hecho para una vida de hogar y todo eso.

—Yo no te pediría tanto —gimió ella—. Te esperaría en cada viaje, rezaría por ti, al volver tendrías tu casa, tu ropa, tu rincón hogareño y confortable. Y a mí, claro…

—Dejemos eso —cortó Cole bruscamente—. Y olvida tus celos. Marla Sothern no significa nada para mí. Es sólo una cliente. Ni yo creo que sea para ella otra cosa que un simple mercenario que cobre su trabajo.

—Percy, no vayas en busca de ese templo —insistió ella—. Me da miedo…

—Bueno, sé que no será una excursión de placer. Sabemos ahora que el Señor de la Muerte, el Dragón o como se le quiera llamar, es un ser peligroso, cruel y despiadado, un maníaco del poder oculto por ropajes de falsa divinidad tibetana. Sabemos también que existe algo llamado «peste escarlata» que afecta a quienes se acercan a sus dominios y que puede ser una enfermedad o algo más oscuro y terrible aún. Pero también sé ahora que, de alguna forma, el padre de los Sothern logró arrebatar de ese templo el ídolo que representa al Dragón de Oro, y lo envió a su hija desde la estafeta postal de una aldea llamada Laya, al noroeste de Bhutan. Eso está muy cerca ya del Tibet. Tal vez muy cerca del refugio sagrado del Señor de la Muerte. ¿Cómo pudo llegar al templo, arrebatar esa estatuilla de oro y enviarla en un paquete postal, para desaparecer luego? ¿La envió él realmente o se la entregó a otra persona que hizo el envío después de morir Wayne Sothern? Eso es lo que debemos averiguar. Más que nada, por si aún es posible rescatar con vida al padre de los Sothern y a su socio y amigo Cy Tyrone.

—Percy, cariño, algo me dice que vas a encontrar algo terrible en ese lugar adonde vas. Tal vez… la muerte misma.

—Es posible —Cole se encogió de hombros con una sonrisa—, La

muerte ha formado siempre parte de mis riesgos profesionales, no será la primera vez que la afronta. Debo ir e iré. May, digas lo que digas.

—Y yo iré contigo —dijo ella con énfasis.

—No, eso no —rechazó él con firmeza—. Ya has sido polizón de «Birdie» una vez. No lo serás de nuevo, te lo garantizo. Esta vez te quedarás aquí esperando.

—¡Oh, Percy Cole, a veces en vez de amarte tanto, siento odio por ti! —se enfureció ella, dando una patada en el suelo y metiéndose airadamente en su habitación, cuya puerta cerró con violencia.

Cole rió, moviendo la cabeza, y siguió contemplando el frío paisaje nocturno, sumido en hondas reflexiones. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba acompañado, hasta que la voz, suave y melosa, sonó junto a él de repente:

—Ella tenía razón, Cole. Le admiro. Creo que estoy enamorada de usted…

Percy se irguió. Miró, con ceño fruncido, a Marla Sothern. La hermosa rubia había aparecido junto a él silenciosamente.

Y sus ojos color miel le miraban fijamente, en tanto el vaho de su aliento escapaba por sus carnosos labios entreabiertos.

—No sabe lo que dice —replicó él—. Su mundo no es el mío, señorita Sothern.

—Sé muy bien lo que siento. Perdone si escuché su con versación con esa chica. No pude evitarlo. Siento celos de ella. Tantos como ella de mí, Cole.

—Todo eso carece de sentido. Volverá a su mundo, a su vida normal, y se reirá cuando recuerde este momento. Marla Sothern, declarando su amor y sus celos a un piloto profesional que vende sus servicios a traficantes de armas, a bribones, a familiares angustiados de un desaparecido, a un gobierno o a unos rebeldes, sin distinción de clases, moralidad o ideología. Ese soy yo, un tipo poco escrupuloso y sin ningún ideal en su vida. Lo comprenderá cuando vea las cosas a distancia, lejos de esta atmósfera, de este torbellino de emociones que estamos viviendo.

—Cole, sé que incluso entonces le amaré —musitó ella, poniendo sus manos en sus brazos y apretando con fuerza—. Béseme. Béseme, se lo ruego…

Cole lo hizo. Puso sus labios en los de ella. Cuando Marla quiso presionar con más intensidad ese contacto, apretando su palpitante cuerpo al de él, Percy se apartó con brusquedad.

—Dejemos esto —cortó—. No somos niños ya, señorita Sothern. Vuelva a la cama. Hay que madrugar mucho mañana. Buenas noches.

Se alejó, entrando en su dormitorio y cerrando la puerta balcón tras de él. Airada, Marla dio un taconazo en el suelo y se dio media vuelta, con gesto airado, regresando a su dormitorio de mal humor.

—¡Engreído presuntuoso! —musitó entre dientes—, Nunca más me humillaré ante él…

Cole sonreía en su dormitorio, tras la persiana, una vez cerrada la puerta. Se despojó de sus prendas de abrigo para acostarse.

—Es una niña mimada, habituada a hacer siempre su voluntad —murmuró para si—. No le vendrá mal este escarmiento…

Ignoraba que en esos momentos, algo sucedía en la alcoba de Marla Sothern, y no era nada agradable para la hermosa hija del desaparecido Wayne Sothern.

De las sombras de su dormitorio surgían hasta cuatro sombras, cuatro figuras de tez oscura, envueltas en ropas de pieles, y manos enguantadas aferraban a Marla con fuerza. Asustada, ella trató de gritar. Una de aquellas manos taponó su boca, impidiéndole emitir sonidos. Alguien acercó a su nariz un pañuelo impregnado en algo dulzón y penetrante, que invadió su cerebro y embotó sus sentidos. Perdió el conocimiento en manos de aquellos cuatro intrusos de sigilosos movimientos.

Uno habló en lenguaje tibetano, dando órdenes a los otros. Cargados con la joven, la envolvieron en pieles y abandona ron la estancia sigilosamente, saliendo a la terraza y descolgándose con su humana carga hacia la callejuela empinada que conducía a la parte alta de la población donde se hallaba la morada del lama Yobsang Yatt.

En la mansión de éste, todos descansaban ahora, bien ajenos al rapto sufrido por uno de los miembros del grupo, precisamente la hija de Wayne Sothern.

* * *

Durante casi dos horas, el paisaje a pies del helicóptero plateado era el mismo, invariablemente.

Grandes picachos helados, profundos desfiladeros de gélidos muros cristalinos, nieve endurecida en las cumbres, riachuelos plateados en lo más hondo, muchos de ellos cristalizados por las bajísimas temperaturas. Encima de ellos, nubes envolviendo los picachos del

Himalaya, el gran coloso de Asia, la cadena montañosa más alta del mundo.

Junto a Percy Cole, un Scott Sothern pálido, crispado, de mandíbulas encajadas y ojos sombríos, formaba una lúgubre compañía para el joven piloto, mientras la cabina de atrás era ocupada solamente por Harry Gorman, el hombre de la CIA y el guía Karma.

—Mi hermana… Mi pobre hermana… —jadeaba sordamente Scott de vez en cuando, apretando los puños—. ¡Pensar que ahora puede estar muerta o en poder de ese maldito dios criminal!

—Cálmese, Scott —le aconsejó Cole gravemente—. Si la raptaron no sería para asesinarla. Nadie se toma tanta molestia para luego hacer algo que esos tipos pudieron hacer sin más en su alcoba. Por las huellas, sabemos que fueron cuatro sus captores.

Cuatro hombres se deshacen fácilmente de una mujer sin hacer ruido, si realmente desean hacerlo.

—Pero entonces, ¿por qué, Cole? ¿Por qué han tenido que raptarla a ella? —se exasperó el atlético joven, lleno de ira.

—Eso no sé contestárselo. Estoy tan desconcertado como usted. Quizá la buscaban a ella y, al mismo, a la estatuilla de oro que recibieron de su padre. Han debido sentirse muy defraudados al registrar su habitación como lo hicieron.

—Sí, ellos ni podían sospechar remotamente que hubiéramos dejado la estatuilla de oro en manos del lama Yatt —suspiró Scott—. Pero eso no impidió que ella fuera secuestrada y conducida sólo Dios sabe adónde…

—Por eso estamos aquí antes de lo previsto, Scott. Tenemos que dar con ella. Intuyo que si encontramos el Templo de los Siete Ídolos, la encontraremos a ella. Pero como ve, hasta ahora sólo vemos hielos eternos bajo el aparato… Ni rastro del templo o de ese resplandor escarlata de que habla el guía Karma…

Siguió el monótono vuelo, en medio de una atmósfera glacial, a bajísimas temperaturas que formaban una costra de hielo en las vidrieras de la cabina, pese a la buena calefacción interior. A veces, debía asomar Cole su brazo y rascar ese hielo para no perder demasiada visibilidad.

Atrás quedaba Bhutan y sus fértiles campos y frondosas montañas. Ahora todo era nieve, blancura infinita en las cumbres de la cordillera. Cole sabía que buscar en aquel macizo helado un mítico y paradisíaco Shangri-Lha, era cosa de locos. Eso sólo podía ocurrir en la imaginación

de un escritor.

Descendió en varias ocasiones, planeando el helicóptero sobre ventisqueros y hondonadas de muros de hielo cristalino, cuando creían vislumbrar alguna luz, un resplandor, que muchas veces se reducía solamente a un reflejo violento del sol en las estructuras heladas de cumbres y desfiladeros.

En una ocasión, la forma de algo que parecía ser un edificio, en la cumbre de una montaña blanca, les hizo revolotear la zona. Descubrieron que el pretendido edificio era solamente un pilar rocoso con una cruz y unas inscripciones, dejado allí por alguna expedición montañera en el pasado. Lo dejaron atrás, y el helicóptero «Birdie» siguió sobrevolando con rutinario ronroneo las cimas nevadas.

—Aquí es, exactamente, donde perdimos contacto los guías con Wayne Sothern y Cy Tyrone —explicó Karma, acercándose a Cole en determinado momento, y señalando hacia abajo.

Percy asintió. Era una región particularmente abrupta, formada por grandes cimas heladas, profundos glaciares y ventisqueros violentos. Un mal lugar incluso para que un helicóptero se posara. Percy bajó su aparato a la altura de vuelo más reducida posible, rozando casi la nieve helada de los riscos montañosos. Así sobrevolaron en círculo durante un cierto tiempo, hasta que Karma señaló a un punto concreto.

—¡Allí, señor! —gritó—. Hay alguien en aquella ladera…

Cole frunció el ceño, clavando sus ojos en ese punto. Movió afirmativamente la cabeza. Karma, el guía tibetano, parecía tener razón. Una mancha diminuta se observaba quieta en un saliente de hielo, situado en una ladera de una alta cumbre. Hizo girar el helicóptero, apuntó con el morro hacia abajo y penetró en la ancha grieta, acercándose al muro.

Scott se había puesto los prismáticos sobre los ojos, escudriñando aquel punto. Lanzó una sorda imprecación.

—¡Santo Dios, es un ser humano! ¡Parece *incrustado* en el hielo de ese muro del saliente!

Una pasada del helicóptero junto al lugar, reveló que era cierto. Una forma humana envuelta en pieles, rígida, como en pie, permanecía congelada dentro del propio hielo del muro situado tras el saliente también de hielo que, como una plataforma, asomaba sobre el abismo helado, en un punto donde nunca llegaba a penetrar el sol.

—Ese desdichado debió morir ahí —dijo Cole impresionado—. Luego, el frío formó una capa de hielo transparente en torno suyo, y

quedó dentro de ella conservado…

Buscó con la mirada un punto donde posar el helicóptero sin grave riesgo, ya que a aquella distancia era imposible identificar al hombre congelado. Lo encontró en un cercano ventisquero, al resguardo de un alto muro helado. La plataforma natural, también de nieve endurecida, no tendría más de veinte metros cuadrados, pero fue suficiente para posar a «Birdie» sin problemas.

Desde allí les fue fácil llegar, a través de un sendero horadado en pleno hielo, bordeando el abismo, sujetos con cuerdas y llevando el calzado adecuado para hacer montañismo en aquella región, hasta el lugar donde se veía la forma humana dentro del hielo de la ladera.

—¡Dios mío! —jadeó Scott Sothern al verlo—. ¡Es Cy Tyrone!

—Sí —afirmó Karma—. Es el señor Tyrone, no hay duda…

Percy contempló, sobrecogido, aquel cuerpo fornido, vestido de pieles, rígido y en perfecto estado de conservación. Parecía aún vivo, tras el muro cristalino del hielo. Ojos abiertos, dilatados, mueca tranquila en el rostro, en pie aprisiona do por los hielos… Pero Cole captó algo más en aquel rostro petrificado.

—¡Miren! —señaló—. Esas manchas rojas que aparecen en su rostro… Son como láminas escarlata adheridas a la piel, especialmente sobre su boca y en torno a sus ojos…

—¡Dios mío! —jadeó Harry Gorman, cambiando una mirada con Karma, el guía—, ¡Eso debe ser la «peste escarlata»!

—*Es* la «peste escarlata», señor —corroboró el guía tibetano con tono medroso.

CAPÍTULO VII
EL MONASTERIO MALDITO

La noche era realmente pavorosa. El aire cortaba, la temperatura resultaba insoportable, el viento azotaba los muros del ventisquero con fuerza, aunque esos mismos muros les protegían de las inclemencias de las alturas.

Habían logrado rescatar, tras duro trabajo, el cuerpo sin vida de Cy Tyrone, envuelto ahora en pieles y plásticos, dentro del helicóptero. La noche se les echó pronto encima, y optaron por pernoctar en aquellas alturas, tras localizar, no lejos del lugar donde hallara la muerte el socio de Wayne Sothern, aquel ventisquero tan adecuado para una acampada forzosa.

—No podemos estar lejos del Templo de los Siete Ídolos —sentenció Harry Gorman mientras tomaban los alimentos y el café caliente, así como una buena dosis de brandy para combatir las gélidas temperaturas reinantes—, ¿Usted qué cree, Cole?

—Pienso lo mismo —asintió Percy—. Al parecer, esas manchas rojas del cadáver revelan un estado avanzado, rabioso, de la enfermedad o lo que ello sea. Tyrone debió adquirir por aquí la dolencia, como bien dijo Karma. Y si ese mal tiene su origen en el Señor de la Muerte, es que éste no se halla lejos. Investigaremos en cuanto amanezca, por si estamos en lo cierto.

—Pero ¿y mi hermana? —sollozó Scott en ese punto—. ¿Qué habrá sido de ella? Aunque no pretendan hacerla daño, ¿no puede acabar víctima de esa maldita peste roja, después de todo?

—Evidentemente, ese riesgo existe. Pero imagino que al Señor de la Muerte tampoco le importará especialmente hacer enfermar a su hermana, Scott.

—¿Cree que él tiene influencia sobre el mal, el poder de darlo o de proteger a la gente de él? —dudó Gorman.

—Eso, nadie puede saberlo aún. Gorman —confesó Cole con un suspiro—. Pero he examinado el cadáver de Tyrone. Esas manchas no parecen eczemas ni pruritos o cosa parecida. Tienen toda la traza de ser quemaduras. Zonas abrasadas de la piel. También su cuero cabelludo está totalmente cubierto por esas placas rojas, hasta el punto de abrasar totalmente la piel.

—¿Y eso qué puede significar, según usted? —indagó Scott, tenso.

—No soy médico ni científico, pero yo diría que son *radiaciones* —aseguró calmosamente Percy.

—¡Radiaciones! —Gorman se irguió, sobresaltado—. Se ha hablado de un resplandor rojo, una posible fuente de energía entre estas montañas…

—Sí, lo recuerdo muy bien. Rojo el resplandor, rojas las manchas de la enfermedad mortal… Karma, ¿recuerda usted bien los síntomas exactos que sufrían Sothern y Tyrone cuando empezaron a aparecer esas manchas escarlatas en su piel?

—Ya se lo dije, señor —explicó el guía nativo con gesto supersticioso —. Comenzaron a quejarse de fuertes dolores en la piel. Surgieron luego las manchas. Apareció la fiebre, los espasmos, las náuseas y vómitos… Cayeron enfermos, febriles, delirando incluso. Luego gritaban…

—¿Gritaban? ¿Por qué?

—No sé. Dolores, imagino. Se aferraban la cabeza con las dos manos, se revolcaban en el suelo, presa de un sufrimiento que ignoro, señor… Eso fue la última noche. Al despertar con el día, ellos no estaban en el campamento. Los buscamos, recorrimos todo sin dar con ellos. Puedo asegurar que también recorrimos el punto donde ha aparecido ahora su cadáver, pero entonces él no estaba allí. Y eso es todo…

Percy asintió gravemente. Parecía estar pensando en algo. Apuró su café, y se puso en pie, con un resoplido.

—Bien, señores, creo que es hora de dormir —dijo—. Mañana vamos a tener un día muy agitado y nos conviene estar descansados…

Percy ignoraba hasta qué punto acertaba con sus proféticas palabras. Sólo que las cosas no iban a ocurrir como él calculara.

Esa misma noche, mientras dormían todos en el glaciar, algo comenzó a suceder en torno a ellos…

* * *

Todo fue tan rápido, tan sigiloso, que no tuvieron tiempo de advertirlo ni tan siquiera de reaccionar adecuadamente.

De entre las sombras de la noche glacial, surgieron formas humanas, difusas y oscuras, envueltas en pieles, semejantes a animales achaparrados y sigilosos, que se movieron con rapidez y precisión, rodeando el pequeño campamento ocupado por los cuatro hombres, junto al plateado helicóptero. Eran cuando menos una docena de seres los encargados de caer sobre los expedicionarios por sorpresa.

Y así ocurrió. Cuando quisieron reaccionar los durmientes, ya era tarde. Férreos, nervudos brazos, sujetaban sus cuerpos a tierra, mientras armas blancas afiladas se apoyaban en su garganta, y el lenguaje gutural de los tibetanos brotaba de sus bocas, hablando entre sí excitadamente. Uno de ellos, sin embargo, se dirigió en aceptable inglés a los cautivos, cuando éstos forcejeaban vanamente en el suelo, contemplando con ojos dilatados a sus aprehensores.

—No intenten resistir y será mejor para todos —dijo el tibetano—. Están vencidos de antemano, no sean locos. Podríamos matarles si quisiéramos, aquí mismo. Pero no van a sufrir daño si se portan bien. Tienen mi palabra.

—¿Su palabra? —rugió Scott, airado, pataleando entre tres nativos que le sujetaban contra las mantas—, ¿Y quién es usted para creer en su palabra?

—Debe fiarse de mí —sonrió el tibetano inclinado hacia él.

—¿Confiar en un maldito mono asiático a sueldo de un bandido sin conciencia? ¿Es eso lo que pretende que hagamos?

—No les queda otro remedio. Su altivez no sirve de mucho en este caso. Ya es nuestro prisionero. Dé gracias por no estar tan muerto como ese cadáver que encontraron hoy entre los hielos.

—Malditos todos… —jadeó Scott, todavía forcejeando inútilmente —. ¿Y mi hermana?

¿Qué han hecho de ella, sucios simios tibetanos?

—Nada malo… todavía —volvió a sonreír el nativo—. Tranquilícese, ella está bien. Y de usted depende que todo siga igual, créame.

Eso pareció disuadir a Scott con más fuerza que ninguna otra palabra. Era evidente que la suerte de su hermana le preocupaba de un modo profundo.

Fueron atados con ligaduras de piel, posiblemente de *yak*, secas, duras y correosas, y conducidos en hilera, entre el grupo de captores, hacia algún punto determinado, alejándose del helicóptero. En éste,

mientras tanto, algo se movía entre los asientos, deslizándose sigilosamente, pegado al suelo…

Cole se hubiera llevado una gran sorpresa de ver aquella escamosa y brillante forma sinuosa en su helicóptero. Imaginaba a «Vicky», su fiel serpiente cobra, muy lejos de allí, junto a May, en Punakha. Pero esta vez la cobra era polizón a bordo, una vez más, aunque en solitario. Y eso, ni Cole ni la propia May lo habían sospechado cuando aquella mañana despegaron hacia el Tibet.

Los ojos negros y brillantes del hermoso reptil parecían seguir con profundo interés, de entre las sombras del helicóptero a la comitiva que se alejaba en la nieve, bajo el fulgor apagado de las estrellas que refulgían por encima del Himalaya.

* * *

Fue un largo viaje a través de los hielos, aunque más corto de lo que imaginaba Percy Cole.

Con sus manos atadas a la espalda, en hilera, flanqueados por los sombríos y silenciosos tibetanos, se movieron a través de glaciares y ventisqueros, flanquearon enormes cimas heladas, moviéndose por angostos senderos asomados al abismo insondable, para terminar penetrando en una cavidad rocosa, una gruta sorprendente, cuyos muros de duro hielo parecían formar un auténtico palacio de cristal, digno de un cuento de hadas.

La gruta se estrechaba, hasta formar un largo, interminable túnel de hielo, cuyos muros hacían brillar con tonos azulados y fantásticos las antorchas de los nativos. La temperatura allí dentro, pese al hielo circundante, era más suave paradójicamente con el exterior, tal vez por la misma razón que un *igloo* esquimal preserva más el calor que el aire libre. Los cautivos se miraron entre sí, perplejos, mientras caminaban por aquel sendero increíble, socavado en la montaña misma.

—¿Adónde diablos nos llevarán? ¿Al centro de la Tierra?

Era Scott Sothern, siempre descontento, quien hablaba así.

—No puedo saberlo —admitió Percy—, Pero ciertamente, creo que estamos ahora en el camino que conduce al Señor de la Muerte y, por tanto, al Templo de los Siete Ídolos.

—Pienso lo mismo —asintió Gorman pensativo—. Tal vez por eso resulte imposible llegar a ese templo endemoniado. Nadie pensaría que la ruta hasta él es subterránea, y no sobre las montañas nevadas.

La comitiva llegó al final del fantástico túnel de hielo. Con asombro, todos se detuvieron en su boca de salida, contemplando lo que aparecía ante sus ojos.

No era la oscura noche tibetana la que estaba al otro lado del pasadizo horadado en el hielo. No eran los resplandores difusos de las estrellas ni los reverberos en las nieves eternas lo que aparecía ante ellos.

Era algo mucho más inquietante y siniestro, sobre todo recordando cuanto se hablara antes de la «peste escarlata» y todo lo demás.

La salida del túnel de hielo daba directamente a una plataforma helada, asomada a un abismo en forma de embudo o cráter volcánico horadado igualmente en el hielo de las cumbres. Sólo que, al fondo de ese abismo, un resplandor rojo, fantástico, de matices infernales, se elevaba hacia ellos, tiñendo de carmesí los muros de hielo. Daba la impresión de que un inmenso rubí herido por la luz del sol, o una dantesca hondonada de fuego emitía aquel resplandor infernal, que daba a la escena matices satánicos.

—Dios mío, la luz roja… —susurró Gorman—. Usted habló de eso antes, Karma…

—Sí… —el guía se mostraba aterrorizado—. Es la luz roja de las montañas… Dicen que los espíritus del mal moran donde brilla esa luz…

—Vamos, sigan adelante —invitó sordamente su captor—. Estamos llegando.

Cole observó que un puente de madera colgaba sobre el abismo rojo. Comenzaron a cruzarlo. A sus pies, hervía aquella roja luz como el fuego de un volcán a punto de entrar en erupción. Sin embargo, no notó que despidiese calor. Pero le era imposible mirar hacia abajo, porque la luz era cegadora. Tuvo la extraña impresión de que la masa escarlata luminosa era un cuerpo sólido y no fuego o lava. Pero sólo fue una impresión, porque el puente terminaba al otro lado en una nueva boca o caverna que penetraba en otra montaña. La luz roja quedó atrás.

Esta vez el camino fue muy breve. Apenas doscientas yardas de caminar a pie por la nueva gruta, y salieron al exterior. Una exclamación de asombro brotó de las gargantas de los cautivos.

—Es el templo… —susurró Gorman, impresionado—, ¡El Templo de los Siete Ídolos, no hay duda!

Cole asintió, contemplando la estructura dorada que se erguía entre nieve, frente a ellos, ocupando la ladera de una pared oculta de la

montaña, entre dos altos farallones de hielo cristalizado, liso como las facetas de un diamante.

Allí, invisible al ojo humano incluso sobrevolando la zona, la edificación pintada de oro se mostraba como un verdadero monasterio del Mal. Porque nada de cuanto se veía en su fachada, su puerta y su techumbre en forma de pagoda budista, era simbología de algo bueno. Remataban el dorado edificio cinco cúpulas en forma de calaveras humanas, llamadas *chorten* esas cúpulas por los tibetanos. Dos dragones de oro formaban la guardia pétrea a la puerta del templo. Y toda la fachada de éste mostraba una enorme reproducción de la grotesca y fea máscara del Señor de la Muerte, roja y sardónica, cuya boca era justamente la puerta de acceso al siniestro templo.

—Entrad —se les ordenó—. El Señor de la Muerte os espera en su santuario sagrado. Sois los primeros privilegiados que verán por vez primera cara a cara al más grande ser divino de todo el Tibet, al predestinado a ser amo del mundo y dueño de todo lo creado. ¡Veréis ante vosotros al Dragón Dorado, símbolo del Señor de la Muerte y del poder supremo en todo el planeta por designio divino de los dioses!

Fueron empujados hacia el interior del monasterio o *dzong* del mítico y terrorífico ser que parecía dominar los destinos de todo el Tibet y entender sus garras diabólicas hasta muy lejos de allí.

Momentos más tarde, se les encerraba en una mazmorra a los cuatro, cerrándose tras ellos la puerta metálica con sordo estruendo. La voz del tibetano que capitaneaba a sus captores, les avisó después a través de la angosta reja de esa puerta:

—Descansad ahora. Cuando llegue el momento, seréis llamados a presencia del Señor de la Muerte.

Se alejaron los tibetanos. El silencio reinó en la estancia. Todos ellos seguían atados, sujetos entre sí por una fuerte y recia correa de piel. Se miraron en la penumbra que prestaba al lugar el reflejo de un hachón encendido en el pasillo, más allá de la puerta de la mazmorra. Esta era un cuarto cuadrangular y desnudo, con el suelo de dura piedra. El frío reinante era glacial.

—Estamos en sus manos —se quejó Scott—. ¿Cómo vamos a salir de ésta, Cole? Me temo que nuestra audiencia con ese dios o fantasmón no sea sino la antesala de la propia muerte… Y ni siquiera sé nada aún de mi hermana, salvo lo que contó ese mono tibetano.

—Cálmese. No adelantamos nada exasperándonos, Scott —le aconsejó Percy—. Que yo sepa, no existe milagro alguno que nos

permita salir de aquí, la verdad.

Cosa de una hora más tarde, volvieron a abrir la puerta. Todos miraron al tibetano, esperando ser llamados a presencia del Señor de la Muerte. No fue así. Señaló solamente a uno de ellos y ordenó a sus hombres:

—Soltad a ese de la cuerda. El Señor desea verlo antes que a los demás.

Para asombro de todos. Scott Sothern fue separado de sus tres compañeros de cautiverio. El asombro se reflejó en el rostro del apolíneo joven.

—¿Qué significa esto? —demandó—. ¿Por qué a mí solo? ¿Adónde me llevan?

—No haga preguntas —cortó el tibetano—. Deseaba ver a su hermana, ¿no? Pues va a ser complacido. Se reunirá con ella.

—Dios mío, gracias —musitó Scott fervoroso—. Siendo así, nada me importa ya.

—¿Y nosotros, amigo? —quiso saber Gorman—, ¿Qué van a hacer con nosotros tres?

—Ustedes esperen. Vendremos a recogerles más tarde.

Se llevaron a Scott consigo. Los tres prisioneros se mira ron, pensativos y preocupados.

Gorman expuso sus temores a Cole:

—No me gusta esto, amigo mío. ¿Por qué nos separan?

—No lo sé. Parecen tener especial interés en los Sothern. Creo saber una de las razones.

—¿Cuál?

—El dragón de oro, la estatuilla que les envió su padre. Si es uno de los ídolos de este templo, según la leyenda, el Señor de la Muerte debe andar tras su recuperación a cualquier precio.

—Ha mencionado «una de las razones». ¿Existe otra, Cole?

—No sé —Percy se encogió de hombros—. Aún no puedo estar seguro… Pero algo me dice que nosotros tres tenemos muy pocas probabilidades de sobrevivir a esto. Sólo les interesaban los Sothern. Ya los tienen. Me preocupa nuestro destino, Gorman. —Y a mí —confesó el hombre de la CIA—, ¿Será posible que desde este lugar se pretenda dominar el mundo?

—Me temo que sí. Ese abismo rojo que cruzamos me hizo pensar en algo…

—¿En qué?

—Es un viejo relato de ciencia-ficción que leí una vez. De Lovecraft. Se llamaba «El color caído del cielo», o algo así.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto. Gorman: creo que esa luz roja es energía. Materia capaz de producir la llamada «peste escarlata». Energía radiactiva que domina de alguna forma ese loco llamado Dragón Dorado. Debió caer alguna vez del espacio, tal vez un meteorito o cosa parecida. Encierra una energía desconocida que él controla. Tal vez esté vendiendo pequeñas porciones de esa energía a algunas potencias y cobre por ello enormes sumas que le permiten poseer aviones modernos, organización en todo el mundo, gente asalariada por doquier, e incluso cohetes de propulsión ignorada, a base quizá de esa misma energía y la técnica de avanzados países que adquieren su misterioso producto energético…

—Eso tiene cierto sentido, sí. Sería para él una fuente de ingresos enorme… y también un arma devastadora.

—Pero ese arma tiene un inconveniente: ataca a quien vive en contacto con ella demasiado tiempo. He visto en las caras de nuestros captores señales incipientes de placas rojizas. El personal que sirve en este templo debe vivir poco tiempo y es siempre por otro nuevo.

—Pero entonces, ¿cómo sobrevive el propio Señor de la Muerte a la vecindad de esa energía radiactiva tan peligrosa, Cole? —objetó Gorman, dubitativo.

—¿Quién nos dice que el último síntoma de la «peste escarlata», a juzgar por el relato que de ella nos hizo Karma, no es la locura? La cabeza abrasada por los efectos de la radiación, el cerebro afectado… y poco a poco la demencia se apodera de una persona. El Señor de la Muerte debe ser un enfermo mental afectado por esa radiación, un loco absoluto que sueña con delirios de poder y de grandeza. Su sueño de llegar a ser amo del mundo es una prueba de ello. Me temo. Gorman, que nos enfrentamos con un enfermo peligrosísimo, con un demente capaz de todo…

—Y pensar que no podemos salir de aquí ni intentar huir o pelear… Que deberemos esperar resignadamente a que ese loco nos llame a su presencia, tal vez para ordenar nuestro exterminio inmediato…

—No nos queda otro remedio. Gorman. No podemos desatarnos. Y menos aún salir de esta celda… Eh, ¿qué es eso?

Se había vuelto vivamente, con sobresalto. Un leve roce en alguna parte atraía su atención. Aquel roce tenía para él algo de familiar, pero

no quería creer lo que estaba oyendo.

Sin embargo, era cierto. A través de las angostas rejas de la puerta metálica, una forma furtiva, sigilosa, se introducía en la celda. Todos pudieron ver la brillante superficie escamosa, la forma culebreante… Karma iba a gritar cuando Cole le avisó sordamente:

—¡Cállese! Ese reptil es un amigo… un buen amigo que ignoro cómo llegó hasta aquí… ¡«Vicky»' ¡«Vicky», amiga mía! ¿Eres tú?

Un sonido sibilante respondió a su voz. Se deslizó la forma oscura por el suelo, reptando. Llegó hasta él. Irguió su chata cabeza arrogante, de reina de todas las serpientes.

Algo brillaba entre los colmillos otrora venenosos de la hermosa cobra. ¡Una pequeña llave de metal negro! Los ojos del reptil relucían radiantes contemplando a su amo, que son rio esperanzado.

—Una llave… —susurró—. Cielos, ¿será posible? Sospecho que mi buena amiga «Vicky» le ha despojado al guardián de la llave que abre esa puerta…

—Magnífico e inteligente animal —ponderó Gorman— Las serpientes nunca me fueron simpáticas, pero desde ahora será muy distinto. Sin embargo, ¿cómo desatarnos para usar esa llave y salir de aquí?

—Estando «Vicky» aquí, eso no es problema —rió Cole—, Vamos, amiga mía, corta mis ligaduras, pronto…

«Vicky» demostró estar maravillosamente enseñada para las más arduas tareas. Sus incisivos colmillos, en otros tiempos conducto para el veneno de sus glándulas, ahora mordisquearon agudamente la piel seca de las ligaduras de Cole en sus muñecas. Luego, se enroscó a ellas, tirando con fuerza. Chascaron las correas al desprenderse.

Cole respiró aliviado, se frotó las muñecas y procedió a desatar los nudos a sus dos compañeros de cautiverio. Luego, con «Vicky» enroscada a su cuello, probó la llave negra en la cerradura, sigilosamente. Giró sin problemas, y chascó la cerradura al abrirse.

Tiraron cautelosamente de la puerta metálica. El guardián les daba la espalda, a cosa de cinco yardas de ellos, armado con un fusil ametrallador de moderna factura. Cole palmeó la piel escamosa de su amiga reptante, indicándole al tibetano. «Vicky» no necesitó más.

Se deslizó del cuello de Percy, sinuosa, y fue a saltar silenciosamente sobre el del vigilante, a quien estranguló en menos de dos segundos, ahogando todo sonido en su garganta, dominado por el terror al reptil y a su ataque fulminante.

—¡Bravo, amiguita! —elogió Cole—. Un golpe perfecto.

Se inclinó, tomando el arma en sus manos. Accionó el cerrojo, dejando la metralleta a punto de vomitar proyectiles. Caminaron por el corredor cautelosamente. Se tropezaron con otros dos confiados guardianes. Entre el lazo mortal de los anillos de «Vicky» y la culata del arma de Percy, los dejaron fuera de combate sin apenas ruido. De ese modo, también obtuvieron armas Karma y Gorman. Los tres, bien pertrechados ya, caminaron siempre hacia adelante, sin encontrar más vigilantes en la zona del templo destinada a su cautiverio.

De ese modo llegaron ante unas escaleras de piedra adosadas a un muro, que iban a morir ante una puerta metálica cerrada. Subieron esos escalones con cautela y, una vez en el rellano de piedra, probó Cole la puerta. Esta cedió sin obstáculos, con un leve chirrido.

Se encontraron en un lugar increíble.

La luz de varios pebeteros, despidiendo un aromático vapor entre llamas de color azufrado, alumbraban una especie de altar en el que se alineaban cinco calaveras humanas talladas en oro puro, con piedras preciosas en las vacías cuencas, junto a una máscara en relieve del Señor de la Muerte, también en oro macizo. Quedaba un hueco entre esas seis deidades maléficas. Cole y Gorman se miraron. Era fácil suponer el ídolo que faltaba allí: el dragón de oro que Wayne Sothern enviara a sus hijos, antes de desaparecer en el Tibet.

Pero lo más asombroso, con serlo eso mucho, era lo que podían presenciar ahora en aquella sala amplia del templo, destinada sin duda a la adoración de los siete ídolos malignos.

Ante ellos, de rodillas frente a una especie de enorme altar con un sitial de oro, se hallaban Marla y Scott Sothern, desprovistos de ligaduras, con la cabeza inclinada respetuosa, acaso atemorizadamente.

En el sitial de oro, se sentaba la misma máscara grotesca y diabólica que vieran en el altozano de Bhutan a su llegada. El ser de larga túnica escarlata y máscara de oro representando a un feo y cruel dragón. Sus manos enguantadas se aferraban a los brazos de su trono de oro macizo.

—…Y sabedlo bien de una vez por todas —estaba diciendo el fantástico ser, con voz profunda—. Desde aquí dominaré el mundo con mi poder absoluto, sin que nadie pueda evitarlo. Ha existido durante siglos en este rincón del Himalaya el más terrorífico poder, el arma más devastadora que el hombre pudo imaginar, y nadie, nadie salvo yo, el Señor de la Muerte, ha sido capaz de controlarla y utilizarla para mis fines. Seré el ser más poderoso de la Tierra, la criatura más temida del

Universo… ¡Yo, el Señor de la Muerte, os emplazo por última vez para que el Dragón de Oro, séptimo de los ídolos sagrados que se veneran en mi templo, vuelva junto a los demás! Porque está escrito que sólo cuando los siete ídolos estén juntos, yo, el Señor de la Muerte, me convertiré en amo del mundo. Decidme dónde ocultáis ese dragón, y la vida se os concederá a ambos a cambio de ello.

—¿Y las vidas de nuestros amigos, señor? —preguntó Marla, sin osar alzar la cabeza hacia el monstruoso ser enmascarado.

—Ellos deben morir. Los dioses lo exigen. Han sido señalados para el sacrificio en el abismo rojo de mi poder.

—¡No, no! —gimió Marla—, ¡Eso no puede ser! ¡Piedad para ellos también, señor, y os diremos cómo recuperar la estatuilla!

—No hay trato. Ellos morirán, está escrito. Los que profanan este sagrado lugar no pueden sobrevivir. Sólo aquellos que ayuden al Señor de la Muerte a que se cumplan las profecías. Vosotros sois esas personas. Y nada más que vosotros dos…

Cole miró a la vasta sala. Hasta una docena de nativos, ataviados con túnicas escarlata y máscaras doradas formaban la guardia personal de aquel monstruo que se creía un dios. Estaban alineados en círculo alrededor del sitial ocupado por su amo y señor, con sus armas en las manos.

—Está bien, señor —suspiró Scott Sothern con voz ronca—. Os lo diremos. Hemos dejado la estatuilla de oro en manos de…

En ese punto, intervino Cole en la dramática escena, rompiendo por completo la atmósfera pesada y supersticiosa que dominaba aquel ambiente.

—¡Tus sueños de loco nunca serán realidad, fantasmón! —gritó, saltando con sus dos compañeros desde detrás de la columna que les protegía.

Los guardianes enmascarados gritaron, apresurándose a correr hacia ellos alzando sus armas para dispararlas. El Señor de la Muerte lanzó un alarido de cólera, poniendo en pie su enorme figura de más de dos metros de altura, y los hermanos Sothern, conmocionados, se pusieron también en pie, mirando con asombro al piloto y sus amigos.

Abrieron fuego con sus armas antes de que lo hicieran los nativos al servicio del Señor de la Muerte. Los fusiles ametralladores rugieron, abatiendo como simples naipes barridos por un soplo de aire a los servidores de la monstruosa deidad. Rodaron los cuerpos por tierra, mientras Cole corría hacia el sitial y sus compañeros iban a reunirse con

Scott y Marla.

Al verle venir, el enmascarado de oro lanzó un rugido de cólera y echó a correr, intentando la fuga. En ese punto.

«Vicky» volvió a actuar, lanzándose como una flecha sobre el Señor de la Muerte. El reptil se enroscó al cuello del misterioso ser, y éste, sin duda aterrado por el contacto de algo a lo que realmente temía, como era la serpiente cobra, se arrancó la máscara de oro con un crispado ademán, corriendo hacia la salida de la vasta sala de ceremonias de su templo. En el intento, se le desgarró la túnica al engancharse en un pebetero, y se vieron, bajo las sedas brillantes, los zancos articulados que prolongaban la figura del siniestro personaje hasta hacerle tomar aquella estatura casi sobrenatural.

Pero lo más terrible había sucedido al arrancarse la más cara en aquel gesto de terror hacia la cobra que se enroscaba a su cuello. Porque la faz del Señor de la Muerte fue visible para todos, con sus grandes manchas escarlata en la piel y su cráneo casi pelado, con mechones lacios de cabello entre enormes costras carmesí…

—*¡Papá!* —chilló Marla despavorida—. ¡No es posible, no… padre mío!

—Dios mío —jadeó Scott, lívido—. Padre… *tú*…

Porque era Wayne Sothern en persona, el padre de ambos jóvenes, el ser misterioso que se ocultara hasta entonces bajo aquellos ropajes siniestros. Un Wayne Sothern que ahora so Hozaba y gritaba, despavorido, forcejeando por desprenderse de la cobra, y corriendo hacia la salida del templo.

—¡«Vicky», déjale! —gritó Cole en ese punto, corriendo en pos del recién descubierto señor del Tibet.

Dócil, la cobra se desprendió del cuello del enloquecido personaje, que corría desprendido de sus zancos articulados, insignificante en su estatura más bien corta, para desaparecer por un corredor que partía de la sala de veneración de los siete ídolos.

Solamente Cole corría en pos de su presa, sin disparar sobre él, en tanto a espaldas suyas una aterrada, sobrecogida Marla, lloraba abrazada a su hermano tras la espantosa revelación.

En su carrera, se tropezaron con un grupo de tibetanos al servicio del Señor de la Muerte, que miraron con estupor al que tanto idolatraran, antes de plantar cara a Percy. Este les abatió con una breve ráfaga de metralleta, continuando la cacería de Wayne Sothern.

La carrera iba a terminar, como temía Cole, en el puente de madera

tendido sobre la mesa roja luminosa. Pero antes de llegar a éste, Sothern se volvió, demudado, mostrando en su mano una esfera negra del tamaño de una pelota de béisbol. La agitó en el aire, como si fuera a arrojarla sobre el inglés. Percy se detuvo en seco, encañonando al enloquecido personaje.

—¡Alto ahí, maldito inglés! —rugió Sothern—. Ha logrado su propósito. Ahora, mis hijos saben que era yo el Señor de la Muerte… Me odiarán mientras vivan…

—No le odiarán, Sothern. Yo les contaré la verdad. Su locura, su enfermedad que le afectó el cerebro, la «peste escarlata» que provoca esa fuente de energía que usted halló en el corazón del Tibet para desgracia suya… Les diré que usted, un hombre bueno y honesto, se transformó en un ser perverso y ambicioso porque esa radiación altera la mente humana y trastorna a quienes viven mucho tiempo cerca de ella. Ahora ya casi no es usted mismo, aunque a veces luche contra su locura, como pretendió hacer al enviar aquella vez el ídolo de oro a sus hijos, para que faltase el séptimo ídolo y no se cumpliera la profecía. Luego debió enloquecer ya totalmente… y quiso recuperarlo a toda costa. Imaginé que era usted cuando raptó a Marla y se llevaron sus hombres a Scott. Era a los únicos que quería salvar, porque aún queda en su enfermo cerebro, en su nueva personalidad diabólica, algo de sí mismo, lo suficiente para recordar que es padre de dos muchachos inocentes que le adoraban… Pobre Wayne, me da usted lástima, no puedo odiarle, pese a todo…

El otro le miró con ojos alucinados. Estaba justo al borde mismo de la sima de rojo resplandor. Las palabras de Cole parecían despertar en él ecos de su dormida personalidad primitiva, la luz de la perdida razón entre las sombras de su cerebro dañado…

—Cole… —jadeó—. Cole, sálvelos. Sálvelos a ellos, se lo ruego.

—Lo haré. Si puedo, claro. Si usted provoca algo aquí, todos moriremos, incluso sus hijos. Sabe que posee una fuerza incontrolable, devastadora, algo que puede vencerle a usted mismo incluso…

—No. Yo también puedo vencer a esa fuerza —susurró—. Lo aprendí en este tiempo, Cole. Esta esfera que se ve en mis manos… Es un pequeño reactor que provocará la fisión inmediata de esa energía, un caos inmenso y devastador… Pero aún quedará tiempo. Poco tiempo… Unos minutos, los precisos para volver a recorrer el camino de hielo socavado en la montaña. Corra a por ellos, llévelos más allá de estas cumbres, alcancen su helicóptero… y vuelvan deprisa. ¡Muy deprisa,

Cole, o la catástrofe les alcanzaría! Esta esfera es de acción retardada. La energía tardará unos minutos en penetrar en ella, no más de siete… Entonces… todo saltará por los aires al activar el reactor interno. ¡Corra, Cole, por el amor de Dios! Empiezo a sentirme dominado otra vez por mi otro yo… Y no quiero que eso ocurra. Sólo hay un medio de evitar que *él* vuelva a dominar mi cerebro, mi voluntad… ¡Adiós, Cole!

Y apretando en su mano aquella esfera, se arrojó sin vacilar al abismo escarlata. Desapareció en medio de su luz cegadora.

Cole tragó saliva. Entendía la situación. Siete minutos para salvarse y salvar a los demás…

Regresó a la carrera dentro del templo, les hizo salir a los cuatro, corrieron todos hacia el puente sobre el resplandor carmesí, lo cruzaron rápidamente, penetraron en el túnel de hielo a la carrera. «Vicky» colgaba de su brazo, mirando curiosamente todo. La carrera terminó en el mismo ventisquero donde aparecía posado el helicóptero, ahora festoneado por agujas de hielo. Cole miró su reloj con apuro.

—Cinco minutos… —jadeó—. Sólo quedan dos.

—¿Para qué, Cole? —quiso saber Gorman.

—Para el Apocalipsis —dijo enigmáticamente el joven, penetrando en la cabina y ordenando a todos que le siguieran sin vacilar.

Despegó un minuto más tarde, tras luchar contra el frío reinante y la congelación del combustible. El helicóptero se elevó en el cielo nuboso, remontó las cumbres nevadas del Himalaya…

Sólo sesenta segundos después, temblaban las cimas, se producía una especie de gigantesco terremoto a sus pies, la nieve en polvo formaba nubarrones densos, se resquebrajaron los hielos, cedieron glaciares enteros, se produjeron aludes enormes, ladera abajo, haciendo resonar sordamente los bloques de hielo y nieve en las hondas simas…

—Dios mío… —jadeó Scott Sothern, lívido, mirando abajo, abrazado a su hermana—, ¿Qué ha sido eso, Cole?

—El fin, amigo mío. El fin de todo lo que queda atrás. Den gracias a su padre. El, pese a todo, se sacrificó al final por ustedes y por nosotros. Se lo contaré más tarde. Él no fue culpable de nada de cuanto hizo. Esa maldita enfermedad, el color que llovió del espacio, como en un relato mitológico de Lovecraft… Algo así tuvo la culpa. Eso, y la imprudencia humana, pero nada más. Ahora, por suerte, esa fuente de energía maligna, que bien aplicada pudo cambiar el mundo, yacerá en el fondo de la Tierra, esperando a que algún día, dentro de siglos, alguien dé con ella de nuevo y la utilice para el bien de la Humanidad…

—Le felicito, Cole —dijo Gorman a su lado—, Gracias a usted y a «Vicky», hemos salido de ese infierno…

—Sí, sobre todo gracias a ella —sonrió Cole, acariciando a su reptil amigo—. Eso me hace recordar que tengo una cita en Punakha, en cuanto lleguemos, con una chica que se trajo consigo a «Vicky» hasta Bhutan… Una chica llamada May, que merece al fin una respuesta mía a cierta proposición. Una respuesta afirmativa, claro. Creo que, después de todo, el desengañado Percival Cole, ciudadano británico que no tiene bandera ni ideales, está pensando en cambiar, en ser de nuevo británico, de nuevo hombre con fe en algo y en alguien… e incluso capaz de formar un hogar en alguna parte…

Gorman asintió, sonriendo. Miró al cielo límpido, mientras a sus espaldas quedaba el secreto del Tibet, sepultado para siempre bajo toneladas y toneladas de hielos eternos. E hizo un comentario que parecía trivial:

—Le felicito, Cole. Usted, afortunadamente, como dijo alguien, ha encontrado en el Himalaya su propio *Shangri-Lha*…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

NOTAS

[1] Canción que fue leit motiv de una famosa película, «El parador del camino». Se titula «Again» (Otra vez), y su letra, traducida, dice: «Otra vez, esto no ocurre otra vez, esto sucede una vez en la vida, es una emoción divina. Una vez más, esto nunca ocurrió antes…» (N del A.)

[2] Otro viejo tema de película. «Sentimental journey», era el motivo musical de un film llamado en España «Conflicto sentimental», aunque el suyo de origen era el mismo de la canción, que se traduce así en esta estrofa: «Vamos a hacer un viaje sentimental, vamos a dar alivio a mí corazón, vamos a hacer un viaje sentimental, para renovar viejos recuerdos…» (N del A.)

[3] Lo relativo a ese monasterio de Bhutan es rigurosamente cierto.